

El Cuento Semanal



30 cénts.

El Padrino. ● ● ● ●

Novela, por F. FLORES GARCÍA

Ilustraciones de AGUSTÍN

El Cuento Semanal

Se publica los viernes.

Oficinas: Fuencarral, 90.—Madrid.

Apartado de Correos núm. 409.

Examen de manuscritos

Muy enojoso es siempre tener que destruir una esperanza ó que apagar una ilusión, pero también es doloroso cauterizar una llaga... y sana. Los jóvenes, ó viejos (que de todo hay), autores de novelas y cuentos, más ó menos... novelas, más ó menos cuentos, que espontáneamente han depositado en este periódico los frutos de su ingenio, son ciertamente acreedores á un examen atento é imparcial de sus obras y á una respuesta decisiva á sus apremiantes anhelos de publicidad.

Contestar, una por una y privadamente, á sus demandas sería demasiado gravoso para mis ocupaciones: darles en cambio un breve, pero ajustado juicio de sus obras en este sitio, encubriendo sus nombres naturalmente, y procurando nada menos! que llevar á su buen sentido el convencimiento de que EL CUENTO SEMANAL rechaza su envío con justicia, es labor que me atrae y acaso sea de algún interés para la gentil lectora, que puede optar entre la sonrisa burlona ó el mohín compasivo ante estos malaventurados leeros literarios y para el curioso lector que goza por tan humano!... ¡con el espectáculo un poco cruel de la caza de gazapos... ajenos.

¡Pero no tembléis, novelistas en agraz! sólo ha de decirse el título del manuscrito y, ni aun por la más lejana alusión, podráse pecar de quien es el autor desafortunado del cuento ó novela puesto en solfa.

Entiéndase bien que sólo se ha de tratar en este «Examen» de obras que *espontáneamente* se nos hayan remitido, pues por ningún concepto se ha de hablar aquí de las que EL CUENTO SEMANAL haya solicitado ó solicite directa ó indirectamente.

Y, por último, como pudiera ocurrir que alguno de esos colaboradores espontáneos, al leer estas líneas, temiese el ridículo de verse incluido en esta sección, no la comenzaremos en el presente número á fin de que los disconformes con la idea puedan escoger sus manuscritos durante toda la semana que hoy empieza, quedando sentado que los que así no lo hicieren se someten de buen grado á la estrecha, pero nunca acre ni despectiva censura, de quien, con cierto sentimiento, se ve obligado á poner su firma al pie de esta ingrata y antipática labor.

¿Habrá algún descontento de esta iniciativa? No lo espero. Si, no obstante, lo hubiese, de antemano le pide perdón,

Francisco Agramonte.

AÑO III. 29 Enero 1909. Núm. 109.

Precios de suscripción:

Madrid y provincias: Trimestre, 3,50 pesetas.

Semestre, 6,50 pesetas. Año, 12.

Extranjero: Semestre, 10 pesetas. Año, 18.

Anuncios á precios convencionales.

Número suelto: **30** céntimos.

Números atrasados del Cuento Semanal.

Resuelta las dificultades que lo impedían, hemos puesto á la venta ejemplares de todos los números atrasados del EL CUENTO SEMANAL desde el 1.º hasta el actual.

Participamos con este motivo á los que nos habían honrado con sus pedidos, que los recibirán á las mayor brevedad.

PASTILLAS GRESPO de Mentol y Cocaína.

Su preparación esmerada y exacta dosificación las acredita desde hace más de **15 años** como el mejor medicamento para la garganta, el más agradable de tomar y el mayor calmante D LA TOS.

No contienen opio ni sus compuestos; no ensucian el estómago y quitan la inflamación de las mucosas.

PESETAS 1,50 la caja.

Por mayor:

PÉREZ MARTÍN VELASCO Y COMPANÍA
Alcalá, 7. — MADRID

Remedio Divino.

ANTIRREUMÁTICO infalible en todas las manifestaciones de tan general y molesta enfermedad. Su éxito es seguro; á la primera fricción atenúa el dolor por intenso que sea y con muy pocas más desaparece.

Su uso es fácil, comodo y de positivo resultado.

Pesetas CINCO el frasco.

Por mayor:

PÉREZ MARTÍN VELASCO Y COMPANÍA
Alcalá, 7. — MADRID

Antinervioso HOWARD

Tónico incomparable, de eficacia indiscutible (probada durante muchos años) para corregir las alteraciones del sistema nervioso. Su preparación en píldoras facilita el uso y no hay NEURASTENIA que se resista á su poder.

Reclácese toda caja que no sea de lata y carezca del nombre de sus depositarios.

Pérez Martín Velasco y Compañía.

LÉASE BIEN EL PROSPECTO

SOMBRETEROS ingleses, las mejores marcas de 6 á 15 pesetas. — Primera casa en gorras y novedades para niños :- CAÑAS :- Calle de Preciados, núm. 18.

Alhajas de buen gusto para regalos
SEVERIANO—Calle de Carretas, n.º 35 - Madrid



EL PADRINO

NARRACIÓN NOVELESCA

Era un día de los últimos del otoño del año 1900... que más parecía de crudo invierno, por lo frío, áspero y desapacible; un día gris, molesto, antipático, impropio de la estación—cosa esta última no extraña ni desusada en esta villa y corte, donde reina, caprichosamente, como niño mal educado, el clima más variable del Universo, viva imagen de la vida política, que aquí nace, crece, *medra* y se desarrolla.

El viento, en polvorosos remolinos, arrastraba por los paseos, plazas y anchas vías, las hojas secas y amarillentas caídas de los árboles,

(«Hojas del árbol caídas,
juguetes del viento son»)

cuyas ramas, desnudas del verdor que fué su gala y hermosura, semejaban brazos descarnados de seres fantásticos que imploran piedad, é infundían por su desnudez tristeza melancólica, como si ofrecieran á la mirada compasiva del hombre benévolo y generoso, el

Al ilustre Doctor en Medicina D. Luis Ortega Morejón.
Por amistad y por deber.—EL AUTOR.

cuadro asolador é imponente de una naturaleza muerta

Grandes jirones de nubes pardas y cenicientas cruzaban y manchaban la atmósfera, ocultando á grandes trechos el puro azul del firmamento, y el sol, un sol pálido, desencajado, tristón y medroso, asomaba de vez en cuando y por espacio breve, su faz descolorida, por entre los rasgones de las nubes, como avergonzado de su impotencia...

Parecía como que se había entablado una lucha titánica entre el viento que silbaba y las nubes que intentaban cubrir el cielo y ahuyentar al sol...

Acaso fué en un día como éste cuando preguntó Zorrilla:

«¿Qué quieren esas nubes que con furor avanzan del ancho firmamento por la región azul?»

Y de seguro no fué en un día semejante cuando dijo Espronceda:

«Para y óyeme, ¡oh, sol! Yo te saludo
y estático ante ti me atrevo á hablarte.
Ardiente como tú mi fantasía...»

En lo único que habría acertado el autor de *El Diablo Mundo* hubiera sido en llamar de tú al sol que, en tal día, no merecía ningún respeto.

Caía á cortos intervalos una lluvia menuda, que á veces alternaba descaradamente con el sol, lo que prueba, como dejo anotado, que en ciertos días y en determinadas circunstancias *todo el mundo* se atreve con el astro-rey (rey constitucional en muchos casos), y todo hacía presumir que al cerrar la noche el tiempo se metería, formalmente, en agua..

* * *

Serían las cuatro de la tarde. Una buena parte del buen pueblo madrileño, que en toda ocasión y momento prefiere las anchuras y expansiones de la calle al recogimiento del hogar, discurría por las avenidas y los paseos de su predilección, despreciando el viento y la lluvia, sin duda para dar á sus pulmones el aire que tanto echa de menos en sus estrechas viviendas.

Confundido entre la multitud, como perdido en ella y acaso más solo que si vagase á la ventura por el paraje más solitario, extraño á cuanto le rodeaba, sin paraguas ni impermeable y acaso sin percatarse del rigor de la temperatura, bajaba la calle de Alcalá, por la acera de las Calatravas, un hombre como de treinta y cinco á cuarenta años, de estatura regular, más bien alto que bajo, delgado, esbelto, de aspecto simpático y actitud que pudiera llamarse cansada y que bien podría ser abatida. Vestía, decentemente, un terno de americana, á la última moda y hasta con cierta elegancia; pero, con el natural descuido y desaliño del que no pone el más mínimo empeño en el adorno y atavío de su persona, triunfando, no obstante, de la desidia, la nativa distinción. Sus ojos eran grandes, negros, expresivos, de mirada triste, soñadora y errabunda; la nariz, aguileña; la boca, digna, por lo pequeña, de pertenecer á una mujer bonita y coqueta; la barba, negrísima, terminada en punta; el resto de las facciones de una perfecta corrección, y perfecto el óvalo de su rostro moreno y pálido. En la barba brillaban ya algunos hilos de plata, que hacían digno *pendant* con otros que asomaban, imprudentes y prematuros, por entre el ensortijado cabello.

Caminaba, como digo, á la ventura, é iba tan abstraído en sus propios pensamientos, tan ensimismado, que más de una vez hubo de tropezar con transeuntes que iban en dirección contraria, sin darse cuenta, al parecer, de tales tropezones; mas en una ocasión el encontrón fué tan recio que, el tropezado, parósele delante, gritando:

—¿Va usted ciego?

—Usted dispense.

—¿Luis!

—¿Ramón!

Y ambos amigos —porque amigos eran—se estrecharon las manos. La fisonomía de Ramón reflejó satisfacción vivísima en aquel momento y, por el contrario, la de Luis manifiesta contrariedad, como si tal encuentro le molestase.

* * *

Ramón era un sujeto de la misma edad próximamente que Luis, tal vez algo mayor, aunque parecía más joven, y la más completa antítesis de su amigo, físicamente considerado. Más bien bajo que alto, metido en carnes—por lo cual su estatura parecía aún más corta—, de abultadas facciones, de encendido color—color sano, como se dice en los pasaportes y en las cédulas personales—y, aunque lujosamente vestido, también

á la última moda, de traza vulgar. Su aspecto, simpático y atractivo, era el de hombre satisfecho, de esos que en el más apurado trance dicen: «Peor fuera no verlo», y parecía como que respiraba salud y alegría por todos los poros de su cuerpo y hasta por el tejido de su ropa nueva...

Después del apretón de manos y de cuatro frases vacías y banales acerca de la temperatura—tema socorrido cuando no se sabe qué decir—preguntó Ramón:

—¿Adónde vas?

—No lo sé... á cualquier parte... donde va la gente... á dar un paseo.

—¿Con este tiempcito has salido por gusto, sin tener nada que hacer y sólo para *disfrutar* de las *delicias* del paseo?

—Como casi toda esta gente que ves, por no decir toda. Además, el tiempo cambia... mejora...

—Con efecto, había cesado la lluvia, el viento se había *echado*, era mucho menos fuerte, faltándole poco para entrar en la categoría de *céfiro suave*, templaba la atmósfera y el sol había de nuevo aparecido menos triste y medroso que anteriormente. ¡Caprichos del clima de Madrid! Contra todas las racionales predicciones, la tarde *se componía* y hasta era posible que terminara en bien y entrase la noche espléndidamente.

Luis, visiblemente molesto y contrariado, alargó la mano á su amigo, diciéndole:

—Vaya, adiós... celebro mucho...

—¡Ca! ¡No te suelto! Tenemos que hablar seriamente; y puesto que nada tienes que hacer ahora ni vas á un sitio determinado, te propongo que interrumpas tu *gradable* paseo y que tomemos unas ostras y unas cañas de manzanilla en casa de Morán. Allí hablaremos. ñ —Vamos allá— contestó Luis, después de vacilar un momento y como el que se somete, resignado, á un sacrificio.

Ramón le cogió del brazo y emprendieron la marcha por la misma calle de Alcalá en sentido inverso al que antes llevaba Luis, volviendo á hablar de la temperatura y de otras análogas trivialidades.

* * *

La casa de Morán era—y es—una *taberna ilustrada*, de buen tono, aristocrática—aunque tales adjetivos parezcan paradójicos, por lo cual, sin duda, la han puesto el mote de *restaurant* que campea en su muestra. Entonces estaba situada en la calle de Peligros, esquina á la de la Aduana. Ahora está un poco más arriba, en la primera de dichas calles y cerca de la de Jardines.

La casa de Morán tiene de antiguo excelente reputación y merecida fama por exhibir en su atractivo y *sugestivo* escaparate los mariscos más frescos y exquisitos que recalán á Madrid; por tener en su bien provista bodega la más legítima manzanilla de Sanlúcar, y por servir en sus cuartitos misteriosos, sencilla y cómodamente amueblados, con la mayor *equidad* y *aseo*, callos á la andaluza, arroz á la valenciana, bacalao á la vizcaína, pollos asados, pescados y mariscos de todas clases y otros platos castizos y regionales tan suculentos como apetitosos.

A casa de Morán concurre asiduamente, por la *sugestión* del escaparate y por tradición de la casa, lo más distinguido y alegre de la sociedad masculina madrileña, buen número de hermosas mujeres del *estado llano* y lo más florido y adinerado de la *gente del bronce*... en el sentido más delicado que puede darse á esta clasificación. Quiero decir que, la *gente del bronce* que va á casa de Morán, no es la usual y corriente, sino otra muy distinta de la que por tal conoce el vulgo, y de sobra me entiende el lector discreto y conocedor de la vida madrileña.

Pasado el mostrador (hablo de la primitiva casa de Morán), había un largo pasillo y á uno y otro lado del mismo los cuartitos interiores de que dejo hecha mención, en número de siete ú ocho. Los llamo misteriosos,

sencillamente porque cada uno de esos cuartos tiene su puerta correspondiente, y cerrando por dentro, puede quedar en el misterio cuanto en ellos tratan las personas que los ocupan accidentalmente.

* * *

Un cuarto de hora después del encuentro de los dos amigos, hallábase éstos en uno de aquellos cuartitos misteriosos, el más apartado del «mundanal ruido», sentados

«Junto á una mesa de pintado pino»,

sobre la cual había colocado *simétricamente* el simpático Antonio (primer camarero del establecimiento y sobrino de Morán), una docena de ostras y seis cañas de manzanilla.



Una vez solos y apuradas, respectivamente, las dos primeras cañas, Ramón habló de esta manera:

—Permíteme, querido Luis, que te llame á capitulo y hasta que te reconvenga y te riña por tu extraña conducta para conmigo.

—¿En qué he podido molestarte ú ofenderte?

—En no abrirme tu corazón, confiándome tus penas (porque las tienes! siendo, como somos, amigos de toda la vida, y amigos verdaderos; al menos, por mi parte. . .

—¿Penas, yo? Te equivocas... Esas son cavilaciones tuyas... te aseguro...

—¿También hipócrita? Veo que no tiene el diablo por dónde desecharte. ¡Pero, á mí no me la das!... Tú, hombre alegre, decidior, comunicativo y bullicioso, generalmente, desde hace seis meses te has vuelto sombrío, taciturno, misántropo, tienes aspecto de fúnebría y, en lugar de Luis Valladares, podías y debías llamarte *Alcaldé, 60*. Huyes de los amigos y, cuando te encuentro, por rara casualidad, te muestras reservado y procuras, como hace poco, abreviar nuestra entrevista. ¡No frunzas el entrecejo, ya sabes que es verdad cuanto te digo! Otra cañita... y desembucha pronto. ¿Qué te pasa? ¿Es que no me crees digno de poseer tu secreto? ¿Es que no me concedes talento y cariño suficientes para aconsejarte? ¿Para consolarte, si el mal no tiene remedio?

Después de una pausa breve, respondió Luis:

—Pues bien, sí, algo me sucede: tienes razón en quejarte de mi conducta; pero mi reservá no obedece á tibieza en mi amistad ni á desconfianza en la tuya. Soy, en verdad, muy desgraciado; mas es tan raro lo que me sucede y acusa tanta debilidad por mi parte que, el temor de parecerte ridículo, ha sido la causa única de mi silencio.

—Desecha ese pueril temor. Aunque paso por escéptico y ligero, á causa de tratar en broma las ridiculeces que muchos toman en serio por seguir la corriente vulgar, soy tolerante con las flaquezas del prójimo y, tratándose de mis amigos y tú lo eres de verdad voy con ellos hasta el error y participo de sus extravíos, si por acaso los padecen. ¡Animo, pues! Otra cañita... y venga esa historia.

* * *

—Se trata de una historia de amor...

—Me lo figuraba. Eres el de siempre. Por tí no pasan años ni desengaños. Al paso que llevas, espero verte

representar el papel de *Diego Marsilla* con la cabeza blanca y los dientes postizos. ¡peor fuera no verlo! Vaya, cuéntame esa historia novelesca, ábreme, como siempre, tu corazón, y lloremos juntos, si hay que llorar tu desventura, ó busquemos el remedio, si hay remedio para tu mal.

Después de un momento de reflexivo silencio, prosiguió Luis:

—Hace poco más de dos años andaba yo triste, melancólico y refráido, á causa de haber terminado inopinadamente mis relaciones, después de cuatro meses de dulce intimidad con una muchacha preciosa, encantadora, que bruscamente se había ausentado de Madrid y de la cual estaba muy enamorado.

—Como de todas las que ves! Lo repito, eres el de siempre. En eso de los *llos amorosos*, cuando no estás preso te andan buscando. Pero, *aquello pasó*. *Esto* debe ser cosa nueva. Sigue.

—En tal estado de ánimo y vagando una noche, al acaso, por la misma calle donde esta tarde me has encontrado...

—Se conoce que esa es la calle de tus amarguras.

—... cerca del teatro de Apolo, junto á la puerta de San José, me encontré con una antigua amiga mía, doña Manolita, mujer de cierta edad y de cierta historia antigua y moderna—acompañada de una joven preciosa, espiritual, distinguida... y en quien apenas fijé la atención.

—Si apenas te fijaste en ella, ¿por dónde *averiguaste* que era preciosa, distinguida y espiritual?

—Apenas fijé en ella mi atención... aquella noche.

—Comprendo; después fué cuando...

Mi amiga me presentó aquella joven, me dijo que vivía con ella como *señora de compañía*, en la calle de tal número tantos, que estaban solas *casi* siempre y que tendrían mucho gusto en que yo las visitara. La



joven expresó el mismo desecho. Después de una breve conversación, reducida á los cumplidos usuales en tales casos, me separé de ellas con el propósito de no aceptar su invitación, creyendo, como era natural, que tal ofrecimiento no era otra cosa que una mera fórmula de cortesía. Sobre todo, mi amiga no estaba en su casa; la casa era de aquella joven á quien veía por primera vez, y no me parecía muy airoso mi papel de visitante de la *señora de compañía*. Cinco minutos después había olvidado aquel encuentro.

Transcurridas unas dos semanas, una tarde volví á encontrar á las dos amigas en la Costanilla de los Angeles, y *ambas* se mostraron quejosas de que no las hubiera visitado, *como había prometido*. Entonces me fijé detenidamente en Enriqueta, que así se llamaba la joven, y quedé encantado.

—¡Ah, vamos! En la segunda presentación fué cuando advertiste... Eres la exageración personificada; te impresionas al primer golpe de vista.

—Más que su belleza, lo que me impresionó hondamente fué la singular expresión de su rostro angelical, la mirada profunda y dulce de sus hermosos ojos azules, de un azul intenso y purísimo como el cielo de Andalucía, su sonrisa plácida y tranquila y un *ne sé qué* de atrayente y fascinador en toda su gentil persona.

En vista de aquella, al parecer, cariñosa insistencia, me excusé lo mejor que pude por no haber ido á verlas cuando había dicho, y prometí formalmente visitarlas al siguiente día á las cinco de la tarde. Enriqueta se ruborizó ligeramente, cambió una rápida y significativa mirada con doña Manolita, y ésta se apresuró á decirme:

—El caso es que... á esa hora... ¿Le es á usted lo mismo á las nueve de la noche?

—Exactamente igual; para mí todas las horas son buenas —contesté.

—Lo digo, porque... las cinco no es buena hora para nosotras, y...

—Repito que es igual, iré á las nueve. Hasta mañana, pues.

—Hasta mañana —me contestó Enriqueta, alargándome la mano, que me apresuré á estrechar entre las mías—. Que no falte usted—añadió, sonriendo graciosamente.

Y ambas mujeres se alejaron á buen paso con dirección á la plaza de Santo Domingo.

Yo me alejé lentamente de aquel sitio, en dirección contraria, pensando: «¿Por qué las cinco no será buena hora para ellas, es decir, para *ella*?»

Ella, Enriqueta, era, indudablemente, la que no podía recibirme á esa hora. Cuanto á doña Manolita, ya sabía yo que estaba fuera de cuenta y de horas... por más de que ella creía lo contrario.

¿Qué clase de persona era aquella joven, que tenía como única familia y como *señora de compañía* á una mujer como doña Manolita? Entregado á estas cavilaciones estuve hasta las altas horas de la noche; me dormí pensando en Enriqueta... y soñé con ella.

* * *

Al día siguiente, á la hora convenida, me presenté en casa de mi nueva amiga, que por tal tenía ya á aquella joven, aguijoneado por viva curiosidad y, —¿por qué no decirlo?— puerilmente lisonjeado en mi vanidad ante su insistencia por mi visita. Cuando tiré del cordón de la campanilla, el corazón me palpitaba aceleradamente. Doña Manolita me abrió la puerta y me condujo á una sala amueblada con severo lujo, gusto exquisito y elegante sencillez, donde encontré á Enriqueta envuelta en riquísima bata de seda color grana, que realzaba el color blanquísimo y sonrosado de su rostro encantador. Me recibió con la misma discreta familiaridad que hubiera podido recibir á un antiguo amigo, y empezamos á hablar de cosas nimias é insustanciales, como ocurre siempre al comienzo de esa clase de visitas, echando mano desde luego—¿y cómo no?—del

socorrido tema de la temperatura, que es el recurso de los tímidos y de los que no tienen cosa mejor que decir.

La conversación se fué animando por grados, salimos—gracias á Dios!—de la meteorología y abordamos otros temas más amenos é interesantes. En seguida eché de ver que Enriqueta, si bien no revelaba una sólida instrucción ni una extensa cultura, tenía lo que se llama trato de gentes, finura nativa, viveza de imaginación y talento natural. Era andaluza, jerezana, y el acento de su país, unido á una voz dulce y pastosa, era un nuevo encanto, quizás el principal que poseía... poseyendo tantos y tan irresistibles.

—Ella, andaluza, tú, andaluz, ambos de la tierra de María Santísima; ella, bonita y asequible, tú, inflamable y mujeriego... preveo un idilio. Ya me interesa tu relato. Prosigue, querido Luis.

—Yo hablé de arte, de literatura, de viajes... y de no sé cuántas cosas más; pero, hablé mucho, tanto que, si no es por doña Manolita que me llamó la atención acer-



ca de la hora, á las doce y media, tal vez me hubiera sorprendido el alba en el uso de la palabra.

—En el abuso, querrás decir.

—Al despedirme, me dijo Enriqueta, en un tono que no admitía réplica:

—Hasta mañana á la misma hora. Que no falte usted.

Al acompañarme doña Manolita, para abrir la puerta de la calle, me dijo que había estado ameno y elocuente y que había producido gran efecto.

Volví al día siguiente y al otro y al otro... y todos los días, y al cabo de dos semanas comprendí la verdad de aquel cantar que dice:

«Si tu amante te ha dejado,
no tengas pena maldita;
que la mancha de la mora,
con otra verde se quita.»

Estaba verdaderamente enamorado de Enriqueta, y el recuerdo de la ingrata fugitiva, habiase borrado por completo de mi memoria.

—Siempre te pasa lo mismo y puede decirse que tienes una abundante cosecha de moras verdes y maduras. Profesas la teoría de que el amor es subjetivo, y cambias de *sujeto* con pasmosa facilidad. Tu corazón es manantial que no se agota. Dios te conserve el *verano*, y yo que lo vea. ¡Otra cañita!

* * *

Luis y Ramón dieron fin á las ostras, apuraron la última caña y encendieron nuevos cigarrillos. Luis prosiguió:

—Doña Manolita, mujer práctica y experimentada, ducha en el cumplimiento de *su obligación*, nos dejaba solos algunos ratos, y confieso que las primeras veces que esto ocurrió me encontré turbado y confuso como un *principiante*, sin saber qué decir ni qué actitud tomar...

—¡Ja, ja, ja! ¡Eso tiene mucha gracia! ¿Turbarte tú, en presencia de una mujer bonita?

—Eso te probará que estaba seriamente enamorado; ya se sabe que el verdadero amor es vergonzoso y tímido en sus comienzos.

—Y hasta platónico en muchos casos, según dicen; aunque yo no lo creo.

—Una noche que Enriqueta, con pretexto de buscar no sé qué cosa en su tocador, nos dejó solos á doña Manolita y á mí, entablamos el siguiente diálogo:

—¿Qué clase de mujer es ésta?

—Clase *extra*. Una mujer de historia.

—¿Tan joven, y ya?...

—Veinticuatro años. Historia corta; pero, historia, al fin.

—¿No tiene familia?

—En Madrid tiene una prima; pero, no se tratan; su madre y su hermana residen en Jerez.

—¿Es rica?

—No.

—¿Quién paga y sostiene este lujo?

—*El Padrino*... No de bautismo, sino de...

—¿Quién es *El Padrino*?

—Un señor muy viejo y muy rico, que la protege.

—¿Pero?...

En esto entró Enriqueta; el diálogo quedó cortado en el punto más interesante, y yo quedé sumido en un mar de confusiones.

—Pues la cosa era bien clara; al menos lo parecía.

—Visto desde la parte de fuera.

—Es verdad. Por algo se ha dicho aquello de

«Porque ciega la pasión
y quita conocimiento.»

—Yo estaba apasionado y quería á todo trance ver las cosas á medida de mi deseo y bajo un prisma de idealidad incompatible con la realidad cruel y grosera... Ese *Padrino* (pensaba yo) debe ser algún pariente lejano, protector desinteresado de esta joven. No sería el primer caso; y siendo tan viejo como dice doña Manolita se explica fácilmente...

—Lo que no se explica de ningún modo es que un hombre de tus años y de tu experiencia, no procurase averiguar desde el primer momento quién era aquella mujer, de dónde procedía, hacia dónde se encaminaba y qué podía dar de sí.

—¿Con qué objeto? Nada de eso me importaba al principio de conocerla, porque no me inspiraba interés ni curiosidad.

—Por no importarte nada entonces, te importó luego demasiado.

—Lo singular del caso fué que, con mis dudas y vacilaciones, con el disgusto que aquella noticia me había ocasionado, aferrado á la explicación candorosa y optimista que á mí propio me daba, no intenté ahondar más en tan desagradable cuestión... por miedo de encontrar una verdad que, por decoro, me hubiese alejado de aquella casa.

—Veo que estabas irremisiblemente perdido. A tal altura, ya no te ibas de ningún modo.

—Tienes razón. Pocos días después y en ocasión de encontrarnos otra vez solos doña Manolita y yo, dicha señora me dijo rápidamente:

—Le gusta usted mucho, dice que le hace usted mucha gracia. Un capricho... ¡Qué suerte tiene usted! Aproveche la ocasión; pero, nada serio, ¿eh? Una aventura de ocho ó quince días... y eclipse total. De otra suerte, á carrera larga, esta mujer cuesta mucho dinero y da muchos disgustos. Cuando yo le hablo á usted de este modo, comprenderá usted...

Volvió Enriqueta, y el monólogo de doña Manolita quedó interrumpido.

Lejos de agradecer, como era justo, aquella confianza, le cobré cierta antipatía á doña Manolita y hasta pensé que calumniaba á su amiga y protectora.

Después de nuevas, hondas y enmarañadas cavilaciones, hube de convencerme, con amargo pesar, de lo que debí comprender desde el primer día, y hasta me pareció razonable, juicioso y conveniente el consejo de doña Manolita. Resolví, pues, aprovecharme de la ocasión, tener con Enriqueta una corta aventura y eclipsarme después. ¡Cuánto me engañaba!

Con la seguridad que me había dado aquella buena mujer de que yo gustaba á Enriqueta y le hacía gracia, lo cual halagó atrozmente mi necia vanidad, perdí en un momento la timidez de los primeros días, y aquella misma noche *me atreví á declararme* y pude obtener, no sin la *conveniente* resistencia, una cita para la siguiente noche, á hora avanzada de la misma, en su misma casa y sin testigos importunos. Yo me llevaría la llave de la puerta de la calle, y ella, Enriqueta, me abriría sigilosamente la de su cuarto en cuanto yo diera sobre la misma unos golpecitos.

Aquella noche apenas logré conciliar el sueño, y en los pocos momentos que dormí no hice otra cosa que soñar con Enriqueta y en la dicha que me aguardaba...

* * *

Al día siguiente y á cosa de las cuatro de la tarde, me sorprendió, y aun me sobrecogió, en mi propia casa, la presencia de doña Manolita, que me llevaba, según dijo, un importante recado.

Lo primero que sospeché fué que Enriqueta se había arrepentido de su *condescendencia* y se apresuraba á participarme su arrepentimiento. Mi ansiedad fué de corta duración. Doña Manolita se expresó en estos términos:

—Enriqueta quiere jugar limpio con usted y me envía, para que yo le diga de su parte lo que ella no se atrevió á decirle anoche, por razones fáciles de comprender; pero que usted debe saber para que no pueda llamarse á engaño el día de mañana.

Súbitamente me acordé del *Padrino*, de aquel protector misterioso, y el rubor, la ira y el despecho encendieron mis mejillas.

—¿Qué es ello?—pregunté, procurando disimular mi emoción.

—Pues... que

—Pues que Enriqueta tiene *unas relaciones* que no quiere romper, porque desea no serle á usted gravosa; pero *necesita* al mismo tiempo que usted lo sepa, para que en ningún caso pueda decir que ella le ha engañado.

Me quedé frío, y casi tartamudeando, pregunté:

—¿De suerte que... ese... *Padrino*?...

—Ya se lo dije á usted... ¿A santo de qué se iba á gastar el dineral que representa esta instalación y el lujo que ostenta la *individua*?...

—En ese caso, comprenderá usted que no es digno por mi parte aceptar una situación tan... ¡vamos! tan...

—¿Por qué? ¿Qué va usted perdiendo en ello?

—La dignidad, el decoro, acaso la honra.

—Esa es una cavilosidad impropia de un hombre de su talento y de *su mundo*. Suponga usted que se trata de una mujer casada (y le he conocido á usted *varios* líos de esa clase) y que se la pega al marido. ¡He visto

tantos maridos burlados por usted!... Figúrese que éste es uno más.

—Eso es verdad; pero...

—Con la circunstancia, favorable para usted, de que en esta ocasión se trata de un *marido honorario*, por decirlo así, pues tiene más de ochenta años, y es hombre razonable, de buen sentido... y no les ha de estorbar para nada. El *pobre señor* va á las cinco de la tarde, charla con *nosotras* un cuarto de hora, media hora, á lo sumo, se va... y hasta el otro día, y así sucesivamente.

Entonces me expliqué por qué las cinco de la tarde no era *buena hora* para aquellas señoras y el aprieto en que las puse cuando intenté visitarlas por primera vez á dicha hora.

Doña Manolita prosiguió:

—Como ella dice —y esto no deja de sorprenderme que de usted no quiere más que cariño, porque de lo demás no necesita nada; la situación de usted no puede ser más airosa ni más simpática. Las mujeres como Enriqueta suelen tener dos amantes: uno para el gasto y otro para... lo *otro*. Ella aspira á que usted sea su amante del corazón; pero, vuelvo á decirle lo que ya otra vez le dije: No se enamore, no se *entregue*... una aventura de un mes, á lo sumo, y desaparezca usted, despidiéndose á la francesa. Esto me parece lo más *razonable*. ¡Y nada de escrúpulos!

Inútil es decir que me dejé convencer por doña Manolita. No deseaba otra cosa.

Antes de separarnos, convinimos en que yo pasaría — para la portera y los vecinos de la casa— por pariente cercano de doña Manolita, un pariente cariñoso que la visitaría diariamente. Enriqueta gozaba de buena reputación en la vecindad, y de ese modo quedaba á salvo su reputación.

* * *

Aquella noche comenzó la época más feliz de mi vida

Era tan dichoso que, por serlo tanto, estaba asustado, sabiendo, por triste experiencia, que *aquello* no podía durar, «que es la dicha mudable y transitoria, y al dolor permanente»,

y esperaba de un momento á otro el palo de ciego de la ciega fatalidad, la presencia del dolor, mi antiguo y consecuente amigo...

Enriqueta se mostraba más enamorada cada día; era celosa, exigente, absorbente, mejor dicho; pero, todo ello en forma suave y cariñosa, por lo cual no podía ni debía incomodarme con ella.

Doña Manolita estaba asombrada y solía decir frecuentemente: «Ésta chica está desconocida, no parece la misma, nunca la he visto tan *encaprichada*». Y parecía que estaba como perezosa ó envidiosa de la dicha que la rodeaba. Y así debía de ser, por cuanto los primeros disgustos que tuve con motivo de aquellas relaciones, fueron los que me dió doña Manolita.

Aquella buena señora, que antes de aparecer yo en escena había vivido un año en casa de Enriqueta en una paz octaviana, desde el comienzo de mis relaciones *formales* con dicha joven, habíase vuelto susceptible y quisquilloso hasta un punto inconcebible. Por la cosa más nimia reñía con su amiga y protectora, y se marchaba, fulminando la amenaza de no volver.

Es de advertir que doña Manolita, á pesar de vivir en casa de Enriqueta, tenía, además, *su casa*, una buhardilla

en la calle de la Madera Alta, mucho más alta (la buhardilla) que la más alta madera conocida, y cuyo alquiler pagaba su generosa amiga.

¿Por qué había conservado aquella mujer su miserable vivienda, no teniendo necesidad de ella? Primeramente, para *verse allí* de vez en cuando con cierto sujeto aficionado á la *arqueología*—que hay gentes para todo y gustos que merecen palos— y después, y con especialidad, por si llegaba el caso, como llegó, de imponer su capricho y valerse de sus puntadas.

Cuando más tranquilo estaba, me sorprendía desagradablemente la desaparición de aquella maldita mujer.

—¿Y doña Manolita?—preguntaba yo, momentos después de entrar en casa de Enriqueta y no ver allí á mi antigua amiga y flamante *parienta*.

—Se ha ido á su casa, muy enfadada conmigo, porque he sostenido, *con calor*, según ella, que en materia de colores prefiero el rosa grana al rosa pálido. Eso la ha molestado y ofendido mucho, y se ha marchado, decidida á no volver. ¿Cómo va á sufrir la pobre señora tales *vejaciones*?

Sabiendo, como sabía, que yo entraba en aquella casa á título de pariente suyo y que al desaparecer ella mis visitas no tenían posible justificación sin dar pasto abundante á la maledicencia de la vecindad, era evidente que aquella infernal mujer trataba de molestarme— conociendo lo enamorado que estaba de Enriqueta— y de perjudicar á la pobre joven que tanto la había favorecido.

La conducta de doña Manolita me indignaba, me enardecía rabiosamente; pero, como no quería, por nada del mundo, romper aquellas relaciones y menos comprometer á Enriqueta, tragando bilis y haciendo de tripas corazón me iba á la buhardilla de aquella señora, le daba explicaciones y satisfacciones en nombre de su amiga, le suplicaba, la adulaba, le hacía algún regalo en *efectivo* y, por fin, la convencía y ella se *resignaba* á vol-



ver; pero volvía protestando de todas veras de que lo hacía únicamente por mí, porque me quería más que á las niñas de sus ojos....

A los pocos días se repetía la misma función, y allá iba yo, heroicamente resignado, con una temperatura de cuarenta grados á la sombra (estábamos en el rigor de un verano riguroso), á subir ciento y pico de escalones y á tomar un baño ruso en la bohardilla de la Madera Alta. Algunas veces me acompañaba Enriqueta, para que fuese mayor la satisfacción de nuestra *dulce amiga*. Entre los dos la convencíamos, repitiendo yo siempre el regalo en *efectivo*, que era el argumento *capital*, y nos hacía el favor de volver.

Pero, doña Manolita no tenía enmienda. Cuando no reñía con Enriqueta—porque ésta había tomado el partido de estar siempre de acuerdo con ella en todo lo humano y lo divino—decía que estaba enferma, se iba á su casa y se metía en la cama por tiempo ilimitado. En una de sus primeras *enfermedades* la envié un médico amigo mío, y éste, después de vistarla, me dijo:

—Esa señora está buena y sana: disfruta, á Dios gracias, de una salud insolente.

Viendo que era completamente imposible reducir á tal mujer á términos razonables, acordamos pasarnos sin ella, y al efecto me procuré una llave de la puerta de la calle, conviniendo en que yo, en lugar de ir, como de costumbre, á las nueve de la noche para marcharme á las doce ó la una, iría después de la una de la madrugada, procurando que no me viese el sereno abrir la puerta, y me marcharía al rayar el alba. Juanita, la doncella de Enriqueta, una muchacha muy fiel y muy simpática, me abriría la puerta del cuarto, mediante un modo de llamar convenido. Así no me vería nadie y creerían la vecindad y la portera, como era lógico, que al desaparecer mi *parienta* había yo también desaparecido.

Empecé nuevamente á ser dichoso, sin que la más ligera nube empañara mi felicidad.

A los cuatro ó cinco días de poner en práctica este nuevo plan, doña Manolita, asombrada, sin duda, de nuestro retrainimiento, debió decirse á sí propia: «Ya que la montaña no viene á mí, iré yo á la montaña.» Y espontáneamente, por propia iniciativa, volvió á casa de Enriqueta, diciendo que estaba perfectamente curada de su última *enfermedad*, que no abrigaba el temor de una *recaida* y que nos quería más que á las niñas de sus ojos. Esta era su muletilla obligada, tal vez por algún antiguo resentimiento con las mencionadas *niñas*...

Enriqueta la recibió benévola y cariñosamente, me comunicó la *buena nueva*, rogándome que fuese generoso con la *pobre señora*, y todo volvió á su punto de partida: á ir yo á las nueve, á salir los tres la mayor parte de las noches, unas veces al teatro, otras al café ó á pasear en coche, y, como doña Manolita no podía ya molestarnos, se decidió, mujer práctica, como era, á sacar el mejor partido posible de la situación, tomando el papel simpático de mujer amable, condescendiente y conciliadora...

* * *

Entre tanto *El Padrino*, aquel protector generoso, amante *honorario* de mi amada—según me habían dicho—seguía, para mí, envuelto en las sombras del misterio. Ni por incidencia me había hablado Enriqueta una sola vez de dicho personaje y, por yo no sé qué secreto pudor é instintiva repugnancia, tampoco había yo intentado hasta entonces tratar con ella cuestión tan espinosa; pero doña Manolita, que estaba de la parte de afuera, moralmente hablando, me hablaba alguna que otra vez del personaje en cuestión, sin duda para refrescar mi memoria, llevándome á la realidad.

A juzgar por aquellas referencias, *El Padrino* era discreto y avisado como pocos, filósofo convencido y amable hombre de mundo, poseyendo en grado máximo el sexto sentido, que es el de *hacerse cargo*, por lo cual su existencia se deslizaba plácida, tranquila y alegre,

en medio de una calma perfecta y como por senda de flores.

Visitaba á Enriqueta todos los días á las cinco en punto de la tarde—nunca por la noche—y su visita duraba de quince á treinta minutos. Si estaba enfermo ú ocupado ó no podía ir por cualquier otro motivo, á las doce de la mañana enviaba un sirviente á casa de Enriqueta con el siguiente lacónico y cortés recado: «El señor no puede venir esta tarde y ruega á la señora que le dispense.» Cuando pensaba ir á distinta hora lo cual acontecía muy rara vez, también lo avisaba de antemano, con prudente antelación, y, además de ser puntualísimo en la hora de acudir á la cita, llamaba de un modo particular, dando tres campanillazos con pequeños intervalos... No cabía la menor duda, era *él* quien llamaba.

¡Qué admirable buen sentido! Un hombre de más de ochenta años, amante oficial de una hermosa joven de veinticuatro, podía encontrarse desagradablemente sorprendido presentándose inopinadamente en casa de su amada, si la naturaleza *cumplía sus leyes, como era de esperar*. ¿Medio de evitar cualquier lógica desagradable sorpresa? Hacer lo que hacía *El Padrino*; dejar libre á Enriqueta veintitrés horas y media de las veinticuatro del día y, por si en la media hora restante aún *subsistía algún inconveniente*, que todo podía suceder, llamar de *aquella manera*, para que *el inconveniente* tuviera tiempo sobrado de ocultarse en las habitaciones interiores, sin miedo de ser descubierto, puesto que él, *El Padrino* no era curioso y jamás pasaba de la sala. Se contentaba—según doña Manolita—con emplear aquella media hora en amable y sencilla conversación. Sus pretensiones no podían ser más modestas.

De tarde en tarde convidaba á almorzar á Enriqueta al *restaurant* más caro y más de moda, ó á su propia casa, invitando también á algunos de sus íntimos amigos, cuyos almuerzos no tenían otro objeto, al parecer, que el de exhibir á su querida. Otras veces, asimismo de tarde en tarde, paseaba con ella en coche descubierto por la Castellana ó el Angel Caído, á la hora de mayor concurrencia en dichos paseos, con el mismo propósito de exhibición, siendo piedra de escándalo y materia de acerba crítica entre sus muchas relaciones. Los que no le conocían le tomaban por abuelo de aquella preciosa joven...

Tales exhibiciones revelaban una vanidad pueril, impropia de un hombre de sus años y de su posición, pues se trataba de un diplomático distinguido, muy relacionado en el mundo político y en la aristocracia. Por su clara inteligencia y mediante su cuantiosa fortuna, había representado á España con dignidad y esplendor en varias cortes extranjeras.

Yo le profesaba—de reflejo y sin haber tenido el honor de conocerle—sorda, tenaz é invencible antipatía. Desde lejos me molestaba *aquel señor*; buscaba con empeño el lado ridículo de su conducta, para poder despreciarle, y he de confesar ingenuamente que no lo encontraba, á pesar de los almuerzos y de los paseos aparatosos; por el contrario, creía que él era quien tenía derecho á despreciarme, por ser mi conducta más censurable y ridícula que la suya. Esta conclusión, de una lógica fatal é ineludible, me enloquecía, y más de una vez intenté abordar con Enriqueta la cuestión de intereses, manifestando mi ardiente deseo de que ella dependiese sólo de mí, sin necesidad de *ninguna otra persona*. A la primera insinuación en tal sentido, me cortaba la palabra, diciendo:

—No hablemos de eso, es completamente imposible lo que deseas, por muchas razones; la primera y principal, porque en ese caso no podría demostrarte que te quiero desinteresadamente, sin mira egoísta de ninguna clase. De ti no quiero más que mucho cariño, las flores que me mandas á diario, algún palco de teatro y esos sencillos obsequios que me prodigas y que prodigarías de igual modo á una novia con quien te fueses á casar. Repito que no hablemos de eso.

Y no podíamos seguir hablando del asunto, porque si intentaba la más sencilla réplica, la más leve objeción, me cerraba la boca con un beso...

* *

Poco después de haberse humanizado doña Manolita, en vista, como he dicho, de que ya no podía molestarnos, mis visitas eran más frecuentes y más largas. Además de ir, como de costumbre, á las nueve de la noche, para marcharme de madrugada, iba muchos días á las dos de la tarde y me retiraba á las cuatro y media ó cinco menos cuarto; otras veces iba á las once de la mañana y estaba hasta la una. Aquello era un verdadero frenesí...

Más de una vez y á vivas instancias de Enriqueta, iba á las siete de la tarde y comíamos juntos en su propia casa, á condición, impuesta por mí, de pagar yo la comida, que mandaba llevar del hotel de Roma, que era el



que teníamos más cerca. De ese modo, comiendo yo allí, estábamos más tiempo juntos.

En ocasiones, cuando iba á las dos, se empeñaba Enriqueta, secundada por doña Manolita, en que no me fuese ya hasta la madrugada del siguiente día, pretensión á que yo me negaba resueltamente, sabiendo como sabía que á las cinco había de ir *El Padrino*; y aunque jamás estaba en la sala, por lo cual no tenía que esconderme, ni que moverme siquiera, me repugnaba coincidir allí, bajo el mismo techo, con aquel antipático personaje, á quien tanto aborrecía; mas ella, que no cejaba en su empeño, un día se dió tales trazas y me entretuvo y me distrajo de tal suerte, que volando el tiempo, inadvertidamente para mí, se echó encima la hora de la cita oficial, y de pronto hirieron mis oídos los tres consabidos campanillazos, en la forma que yo, de referencias conocía. Sentí honda y viva emoción, la sorpresa me fué muy desagradable, y Enriqueta, satisfecha y sonriente, por haber conseguido su propósito, se dirigió á la sala, seguida de doña Manolita. Yo permanecí en el gabinete interior, donde me encontraba presa de cruel ansiedad y de no menos cruel incertidumbre. Tentado estuve de presentarme en la sala y echarlo todo á rodar; pero el temor de dar á Enriqueta un tremendo disgusto, que tal vez ocasionara la ruptura de nuestras relaciones, me contuvo. ¡Todo antes que concluir con ella! Aquel hombre, que hasta inconscientemente era discreto y conciliador, aquel día sólo estuvo allí diez minutos y dijo en alta voz, que yo percibía claramente, cuanto tenía que decir... Estaba ocupadísimo, no podía detenerse, le esperaba un amigo en la cervecería Inglesa, á las cinco y me-

dia en punto, para tratar asuntos interesantes; de haberlo sabido con tiempo, habría enviado el recado de costumbre; lo sentía mucho, mas no podía remediarlo, por haber dado su palabra... etc., etc. Y se fué, con la misma prisa que había venido.

Aquella situación inesperada y la forzada espera á que hubi de someterme me contrariaron grandemente: los diez minutos me parecieron una hora mortal de indefinible angustia. Enriqueta reapareció, y con acento apasionado é infantil alegría me dijo:

—¿Ves cómo no te ha pasado nada ni te ha comido nadie?

No contesté una palabra; pero tal disgusto debí manifestar en mi gesto y en mi actitud, que no volvió á intentar repetir la suerte.

Aquello pasó como ligera nube de verano, y todo volvió á su ser y estado normal.

Al verme de nuevo tranquilo y feliz volví á tener miedo, imaginando por dónde y en qué forma vendría ahora la desgracia. Y vino, como de costumbre, á cumplir su triste misión cuando más daño podía causarme, en el momento en que yo estaba más persuadido del amor sincero y desinteresado de aquella mujer encantadora.

■ A la entrada del invierno y al salir una noche á última hora del teatro de Apolo, Enriqueta cogió un fuerte catarro, del cual no hizo caso al principio, que bien pronto degeneró en pulmonía y más tarde en una tisis aguda, que en tres meses la llevó al sepulcro...

* *

Al llegar Luis á este punto de su relato, le interrumpió Ramón en tono cariñoso:

—Eres de lo más original que he conocido. No te atrevas á contarme esa historia por el temor de ponerte en ridículo, y en todo eso no encuentro nada de particular. Es una historia sencilla, romántica, interesante y conmovedora; pero no veo por ninguna parte, ni aun en el menor de sus detalles, ni la censurable debilidad de que te acusas, ni la rareza de que me has hablado.

—Lo raro, lo anómalo, lo excepcional viene ahora. La debilidad no es de entonces, sino de estos momentos. Escúchame hasta el fin.

—Me maravillas. En las novelas y en los dramas, cuando muere la protagonista se acaba la obra. Aquí, por lo visto, sucede lo contrario. Ahora me interesa doblemente te; pero, oye, Luis, «los duelos con pan son menos, y la vida hay que pasarla á tragos»; creo que debíamos tomar otras ostras y otras cañas.

—Yo ahora no tomo nada; toma tú lo que quieras.

■ Ramón llamó al camarero, pidió media docena de os-



tras y dos cañas de manzanilla, y se dispuso á escuchar atentamente.

Luis encendió un nuevo cigarrillo y prosiguió:

—A los veinte días de haber caído en cama y estando ya herida de muerte, según el médico que la asistía, hubo necesidad de llamar á su madre, que residía, como ya he dicho, en Jerez. La pobre anciana vino inmediatamente al lado de su hija, desarrollándose una triste y conmovedora escena en el momento de su llegada.



Era doña Antonia González, viuda de Sierra y madre de Enriqueta, una mujer como de sesenta años, bien conservada, alta, enjuta de carnes, rubia como su hija y de facciones correctas y un tanto *pronunciadas*. A simple vista se conocía que había sido en sus tiempos una hermosa y arrogante mujer, y al cruzar con ella la palabra, notábase también en seguida, juntamente con un marcado acento andaluz, su falta de instrucción y de cultura, echándose de ver al propio tiempo la malicia campesina, por una desconfianza invencible y una suspicacia exagerada.

Examinando atentamente á la madre, comprendíase claramente la posición equívoca de la hija.

Doña Manolita, que ya la conocía de haberla visto y tratado en Madrid dos años antes con motivo de otra enfermedad de Enriqueta, me presentó á aquella señora con el mismo carácter que ya me conocía la vecindad, esto es, como pariente suyo, al objeto de que yo pudiera seguir frecuentando la casa sin el menor inconveniente.

Doña Antonia se tragó al parecer la píldora por el pronto, aunque noté desde luego que no le había sido simpático. ¡La suspicacia campesina! Bien pronto se puso al cabo de la calle. Al ver que yo ponía cuidadoso empeño en no coincidir allí jamás con *El Padrino* (personaje á quien nunca he visto) y al coger al vuelo algunas palabras cambiadas rápidamente entre Enriqueta y yo, sospechó la verdad y tuvo con su hija y con doña Manolita una seria y fuerte explicación, concluyendo por exigir imperiosamente la inmediata ruptura de nuestras relaciones. La buena mujer temía que se enterara *El Pa-*

drino y abandonase á su hija en aquella tristísima situación. Su actitud era lógica después de todo.

Enriqueta arrojó valientemente la situación. Sin ambages ni rodeos ni eufemismos de ninguna clase, confesó toda la verdad; dijo que mandaba en su casa y en su persona; que su madre podía volverse al pueblo si la molestaban aquellas relaciones; que estaba resuelta á todo, incluso á romper con *El Padrino*, antes que dejar de verme, y que si yo desaparecía, ella se dejaría morir negándose á tomar todo alimento y toda medicina. Después de una escena violentísima, la madre hubo de transigir: no tenía otro remedio.

Doña Manolita me contó la escena con todos sus detalles; pero sin duda, para destruir su efecto, en su afán inveterado de echar una de cal y otra de arena, añadió con la mayor naturalidad:

—Aseguro á usted que no acabo de entender á Enriqueta. Hoy le prefiere á usted sobre todas las cosas, y hasta hace poco le ha estado engañando miserablemente.

Quedé atónito; me zumbaban los oídos y al pronto no comprendí el sentido de aquellas palabras.

—¿Cómo?... ¿Qué dice usted?... ¿Que me ha engañado Enriqueta?...

—Lo que usted oye. Le ha engañado á usted con el vecino que vivía aquí en el cuarto de al lado, que se mudó hace dos meses, para marcharse, según creo, al extranjero.

Quedé anonadado, mudo de asombro y de estupor, y de buena gana hubiera estrangulado á aquella mujer, aun teniendo la prueba y la certeza de su delación...

¿Le consta á usted... eso?

—Con toda evidencia.

—¿Y por qué no me lo dijo usted oportunamente, á su debido tiempo?

Por evitar una desgracia. Estaba usted ciego, loco por esa mujer, habría usted provocado seguramente una cuestión con el vecino... y ¡Dios sabe lo que hubiera pasado! ¿Debía yo poner en ese trance á un amigo á quien quiero como á las niñas de mis ojos? Ya dije á usted á su debido tiempo que no se enamorase de Enriqueta y que hiciera *mutis* después de una corta aventura. Con estas mujeres no se puede hacer lo que usted ha hecho. Hoy recogé usted el fruto de su indisciplinable imprudencia... y no puede llamarse á engaño.

Después de esta catilmaría doña Manolita se separó de mí radiante de alegría, con la satisfacción del deber cumplido.



Fenómeno inexplicable: yo no la ahogué entre mis brazos.

* * *

Después, analizando fríamente la conducta de doña Manolita, tenía que reconocer, á mi pesar, que me había hecho un favor. Bécquer ha dicho:

«Cuando me lo contaron sentí el frío de una hoja de acero en las entrañas; me apoyé contra el muro, y un instante la conciencia perdí de dónde estaba.

Pasó la nube del dolor... con pena
logré balbucear breves palabras...
¿Quién me dió la noticia? Un fiel amigo...
¡Me hacía un gran favor!... Le dí las gracias. »

Parece, pues, que lo indicado hubiera sido dar, por mi parte, las gracias á doña Manolita; pero yo, menos generoso que el ilustre poeta, ó acaso más conforme con las leyes de nuestra flaca naturaleza, cobré un odio profundo á la tal señora. Verdad es que llovía sobre mojado.

Aquella noche no pude conciliar el sueño. Mi primer pensamiento fué desaparecer bruscamente, procurando en cuanto fuera posible olvidar tan desdichada aventura; pero esto me pareció cruel, sobre todo en los momentos en que ella acababa de reñir una batalla con su madre por sostener nuestras relaciones. Después se me ocurrió la idea de despedirme amistosamente, pretextando la necesidad de un viaje á mi país para urgentes asuntos de familia. Pero Enriqueta estaba gravemente enferma; la idea de que no volvería á verla era horrible, y me parecía cobarde y villano, á pesar de todo, abandonarla en aquellas circunstancias. Una fuerza superior á mi voluntad me retenía al lado de aquella mujer.

Volví cien veces sobre el asunto, y llegaba siempre á la misma conclusión. Examinando un día el proceder de doña Manolita desde el comienzo de mis relaciones con Enriqueta, un rayo de luz iluminó súbitamente mi pensamiento y abrí mi corazón á la esperanza. Racioné de este modo:

—Esa mujer ha procurado siempre, por cuantos medios estuvieron á su alcance, molestarnos á Enriqueta y á mí, á mí sobre todo. Habla de un vecino que se marchó al extranjero. Imposible comprobar su aseveración con dicho sujeto, y más imposible aún tener una explicación de tal índole con Enriqueta, hallándose ésta á las puertas de la muerte... Doña Manolita ha mentido, ha calumniado cínicamente, procurándose ante todo la más completa impunidad.

Y como lo que más convenía á mi alma enamorada era tomar por calumnia aquella tremenda acusación, busqué, y encontré, toda clase de argumentos para llegar á la conclusión que deseaba.

¡Doña Manolita ha mentido! ¡Qué felicidad!

* * *

Sospechando yo que el médico que asistía á Enriqueta no era un Hipócrates ni mucho menos y que había equivocado la enfermedad, indiqué la conveniencia de que se celebrase una consulta, y hasta cité los nombres de los doctores que debían componerla, entre ellos el de un amigo mío muy querido, en quien tenía y tengo una fe ciega. Fué atendida mi indicación; celebróse la consulta, y con efecto, mis sospechas no eran infundadas desgraciadamente; el médico de cabecera no sabía lo que traía entre manos, había perdido un tiempo precioso, y acaso ya no fuera tiempo de salvar á la enferma, por haber sido contraproducente cuanto había recetado. Así se lo demostraron palmariamente sus sabios compañeros, y el hombre se marchó confuso y aturdido, pero libre de toda responsabilidad, con la música á otra parte... tal vez á seguir equivocándose.

Es una suerte para los *profesionales* hechos de la madera de aquel médico que ciertos delitos no estén comprendidos en el Código penal, y es una verdadera lástima que el Código adolezca de esas y de otras análogas deficiencias.

A vivas intancias é insistentes súplicas mías se encargó de la enferma el doctor que había llevado la voz cantante en la consulta y que á mi juicio era el más sabio de todos (siendo el más joven), sin que en este convencimiento que yo tenía entrase por nada la tierna y cariñosa amistad que le profesaba. Habíase resistido á mi deseo, que era también el de Enriqueta y su madre, por entender que habíamos acudido tarde y que contraía

cierta responsabilidad moral al acometer una empresa en la cual llevaba todas las de perder.

— Por usted

hago este sacrificio—me dijo al fin—; es un poco tarde; pero yo haré cuanto pueda y cuanto sepa... y ¿quién sabe?... no hay que perder la esperanza... es muy joven... tal vez su naturaleza... no sería el primer caso... repito que no hay que perder *por completo* la esperanza.

Las medias palabras del médico indicaban claramente el estado de la enferma y lo que se podía esperar...

* * *

La madre de Enriqueta me recibía fríamente, con una displicencia que no trataba de ocultar; hablaba conmigo lo menos posible, y no hacía otra cosa que soportarme, puesta en la terrible disyuntiva de abandonar á su hija enferma ó de transigir con mi enojosa presencia. Tomé el partido de no darme por enterado de aquella sorda hostilidad.

Yo iba siempre á las ocho de la noche. A los pocos minutos de haber llegado, doña Antonia y doña Manolita se iban á cenar al comedor y quedaba solo con la enferma como cosa de una hora. Me sentaba á la cabecera del lecho y formulaba la obligada pregunta de todas las noches. Siempre me decía que estaba mejor, sonriendo tristemente y como queriendo endulzar aquellas horas amargas.

No, no estaba mejor; yo veía, por el contrario, los progresos de la terrible enfermedad y cómo aquella encantadora mujer se iba lentamente demacrando y muriéndose un poco cada día... Cuando me hablaba de sus proyectos para el porvenir, asociándome á todos ellos, me partía el corazón y tenía que hacer grandes esfuerzos para contener las lágrimas...

En aquellos momentos, oyendo á Enriqueta, me acordaba de la infame delación de doña Manolita, y me afeurraba tenazmente á la idea de que había mentido. No



era posible que aquella mujer angelical me hubiese engañado. No obstante, á mi pesar y contra todo mi deseo, allá

tificación por haber cuidado á Enriqueta hasta la llegada de su madre. Doña Manolita me dió cuenta de aquella generosidad, con el solo propósito de que yo *correspondiese* por mi parte, y *correspondí*, si no con la largueza de *El Padrino*, porque yo no era rico, desgraciadamente, con una no despreciable cantidad. En cuanto pescó los cuartos, sabiendo que á Enriqueta le quedaban ya pocos días de vida y que el filón estaba agotado, desapareció, sin despedirse y sin cuidarse ya —¿para qué?— de explicar ó justificar su ausencia.

Si hubiera necesidad de simbolizar gráficamente la maldad más refinada y la más refinada ingratitud, con hacer un retrato *al carbón* de doña Manolita, estaba conseguido el objeto.

Mi situación se hizo difícilísima en aquella casa. Doña Antonia, la madre de Enriqueta, sabía la verdad; pero la portera y los vecinos tenían que extrañar lógicamente mi asiduidad, habiendo desaparecido la persona objeto aparente de mis visitas; mas por nada del mundo, murmurasen ó no, hubiera dejado entonces de ir á ver á Enriqueta.

Había que velar á la enferma y yo la velaba todas las noches. Unas veces me acompañaba doña Antonia, cuya resistencia á sus años parecía increíble, y otras Juanita, la doncella de Enriqueta, que en aquellas circunstancias se portó muy bien, demostrando verdadero cariño á su señorita.

Bien porque agradeciera el interés que demostraba yo por su hija, ó ya por la simpática atracción que inspira la comunidad de sentimientos, sobre todo si éstos nacen de una profunda tristeza, es lo cierto que la madre de Enriqueta modificó ostensiblemente su actitud para conmigo, llegando hasta el punto de tratarme, si no con cariño, con amistosa consideración.

Una noche, á poco de llegar yo, me llamó aparte y me dijo, procurando emplear el tono más dulce y cariñoso: — Don Luis... espero á *El Padrino* á las diez. ¿Quiere usted que lo presente á ese señor como amigo ó pariente mío, y así no tiene usted necesidad de marcharse?

Me apresuré á contestar:

— No, no, señora; muchas gracias. Me he propuesto no conocer á ese señor. Me iré á las diez menos cuarto, esperaré en la calle, y cuando lo vea salir volveré.

— En ese caso, mejor será que se esconda usted en el gabinete interior cuando él venga; llama de un modo particular, y jamás pasa de la sala y de la alcoba de la enferma.

Accedí desde luego; oí por segunda vez los tres campanillazos á las diez en punto, y me oculté en el gabinete interior.

¿Qué tristes consideraciones, qué amargos recuerdos se agolpaban á mi memoria!... ¡Qué lejos estaba el día en que también hube de permanecer oculto en aquella misma habitación mientras *El Padrino* hacía su visita oficial, y cómo habían cambiado los tiempos!...

Como en la otra ocasión, *El Padrino* estuvo allí escasamente un cuarto de hora, y de la propia manera habló alto y en el mismo tono tranquilo é indiferente. Casi vino á decir lo mismo. Después de informarse del estado de la enferma, agregó que estaba ocupadísimo, que le esperaba un amigo para un asunto de interés, que sentía marcharse tan pronto... etc., etc.

Y se marchó.

Fra un hombre perfectamente equilibrado y metódico

* * *

Ramón, que al principio había escuchado á Luis con cierta indiferencia, oíale ya con vivo interés y atención profunda, sin hacer caso de las dos últimas ostras y de la postrera caña de manzanilla, hecho en verdad digno de notarse.

Luis encendió un nuevo cigarro y prosiguió:

— Dos ó tres días antes de la muerte de Enriqueta, ya fué totalmente imposible mi presencia en aquella casa. *El Padrino* y algunos parientes lejanos de la enferma se instalaron allí para *esperar los acontecimientos*, y yo,

en el fondo de mi pensamiento tomaba cuerpo la calumnia, surgía la 'duda' y me atormentaba el punzante dolor de los celos, de unos celos crueles que ni siquiera podía manifestar, porque... ¿cómo pedir á Enriqueta una explicación en tal sentido, hallándose en aquel estado? Hacía frecuentes y rápidos viajes de la confianza á la duda, de la esperanza á la desilusión, sin saber por último á qué carta quedarme ni qué partido tomar. ¿Cuán cierto es que los hombres se engañan más veces á sí propios que á los demás! La diabólica máxima «Calumnia, que algo que da», se cumplía en mí con rigurosa exactitud...

En esta letal incertidumbre pasé dos meses, al cabo de los cuales el médico, mi amigo, me hizo concebir alguna esperanza diciéndome que *acaso*, si no había nuevas complicaciones, podría salvar á la enferma. La idea de que Enriqueta pudiera recobrar la salud reanimaba mi espíritu, llevando á mi pensamiento ideas consoladoras. Cuando esté buena — pensaba —, provocaré una explicación delante de doña Manolita; si resulta que es verdad lo que ésta me ha dicho, me apartaré para siempre de Enriqueta, aun cuando separarme de ella hubiera de costarme la vida; pero si, como creo, ha inventado una

calumnia, haré sentir á esa despreciable mujer todo el peso de mi justa indignación.

Desgraciadamente, la tímida profecía del médico no pasó de un buen deseo; surgieron las complicaciones que se temían, y el estado de la enferma llegó á ser por todo extremo alarmante.

* * *

Llegó el día del santo de doña Manolita, y *El Padrino*, hombre espléndido y generoso, que hacía las cosas en grande y de manera delicada, hizo á la tal señora, para que ésta *se comprase* lo que fuera de su gusto, un buen regalo en metálico. En realidad aquel regalo era una gra-



Augustin

que sólo era *pariente* de doña Manolita, habiendo ésta desaparecido, *nada tenía que hacer* en aquel íntimo *cónciave*...

Ante la evidencia de la próxima muerte de mi amada; estuve tentado de echar por la calle de en medio y presentarme en aquella casa, *sin ningún título para ello*, y armar el escándalo consiguiente, á trueque de permanecer á su lado y tener el triste consuelo de recoger su última palabra y cerrar sus ojos... Pero pronto abandoné tan loca idea, por no dar tan tremendo disgusto, en tal situación, á una mujer que tanto había querido, que tan penosos sacrificios había realizado por mí y que tan ciegamente a mab desde que la habían calumniado á las puertas de la muerte...

En tan desesperada situación, ocurrióseme una idea descabellada, que quise, no obstante, poner en práctica inmediatamente: recurrir á doña Manolita!... tener con ella una explicación *amistosa* y pedirle, suplicarle, si necesario era, que volviese á casa de Enriqueta, en cuyo caso podría yo continuar viéndola sin extrañeza de nadie. Estaba seguro de convencerla, empleando en último extremo el argumento capital del regalo en *efectivo*. Hasta estaba resuelto á conocer personalmente á *El Padrino*, hecho inaudito al que siempre me había opuesto tenazmente. Quería apurar todos los medios.

Mucho me repugnaba volver á cruzar mi palabra con doña Manolita; pero no había otro remedio ni quedaba otro recurso, y á la calle de la Madera Alta me encaminé sin perder momento. ¡Cuántos recuerdos despertaba en mi memoria aquella calle y la casa y la buhardilla hacia donde me dirigía!... Al penetrar en el portal, salióme al paso la portera, una chula de rompe y rasga, y me dijo:

—Si busca *usted* á la *señá* Manuela, no se canse en subir la escalera. El pájaro, digo... la *pájara*, ha *volao*. Ya no vive aquí ni ha *dejao* las señas de su nuevo *domicilio*, que *pué* que sea un hotel de la Castellana. Ahora, está en *metales* y se marchó diciendo que una señora como ella no debe vivir en una indecente guardilla. ¡Adiós, título! ¡*Miá* que indecente la guardilla!... ¡*Miá* que ella señora!... tanto tié la guardilla de indecente como la *señá* Manuela de señora... ¡Señora!... Vaya usted con Dios, señorito Luis, y que *haya* salud.

No quedaba ninguna esperanza; doña Manolita, con *nuestro dinero* había mejorado de vivienda, y no era en presa fácil dar con ella.

Acostumbrado á los profundos dolores y á los grandes sacrificios, me resigné á no volver á ver á Enriqueta, recordando los amargos versos de un poeta, que ha dicho,

«Yo aprendí después de verlo,
que en este mundo afanoso,
basta para ser dichoso
con resignarse á no serlo.»

¡Dicha menguada, por no decir negativa, la que puede ofrecer esa resignación! ¡Resignarse á no ser dichoso!...

Para evitar la imprudencia que podía cometer la enferma preguntando por mí al notar mi ausencia, pregunta que podía formular en presencia de las personas que rodeaban su lecho, mi amigo el médico se encargó de decirla, en un momento en que estuvo solo con ella, que yo había recibido un telegrama urgentísimo de mi país, para el cual había salido precipitadamente, sin te-



ner tiempo de despedirme de ella ni de nadie, y que estaría de vuelta al cabo de cuatro ó cinco días.

Dos gruesas lágrimas brotaron de sus ojos al oír esta noticia, y dijo tristemente y con voz alterada y algo borrosa:

—Cuatro ó cinco días... á ver si para entonces estoy ya mejor.

¡Mejor!... Antes del plazo fijado por ella entró la infeliz en el descanso eterno...

Yo iba á casa del médico dos veces al día, á la una de la tarde y á las nueve de la noche, á informarme del estado de Enriqueta, que siempre era desesperado...

Al tercer día de mi fingido viaje no encontré al médico en su casa por la tarde ni por la noche, creciendo con tal motivo la horrible ansiedad que me consumía. Lo busqué inútilmente por cafés, teatros y otros sitios adonde solía concurrir... y nada! Parecía que se lo había tragado la tierra.

Cerca de las dos de la madrugada, cansado más de espíritu que de cuerpo, vivamente inquieto y profundamente angustiado, me retiré á mi domicilio. Sobre mi mesilla de noche encontré una carta cuya letra reconocí al momento: era del médico, y al contacto de aquel papel honda emoción embargó mi ánimo, se me heló la sangre y estuve á punto de sufrir un desvanecimiento. Con mano trémula rompí el sobre y leí lo siguiente:

«Mi querido Luis: Esta mañana se agravó Enriqueta extraordinariamente. Nada ha bastado para contener la marcha destructora de su enfermedad: ni el interés que me inspiraba la muy querida amistad de usted, ni la angustiosa situación de nuestra bella y simpática enfer-





ma, que esta tarde á las dos ha entregado su alma á Dios. Tomo grandísima parte en el dolor que á usted aflige en estos momentos, y le desco resignación cristiana.

Su afectísimo,
Antonio.

La muerte de Enriqueta estaba por mí descontada desde muchos días antes; la esperaba, me la había anunciado el médico repetidas

veces, y sin embargo, la lectura de aquella carta me causó el efecto de un rayo que hubiese caído á mis pies...

Si he de expresar lo que sentí aquella noche, he de copiar nuevamente á mi poeta favorito, al delicadísimo Bécquer, cuando dice:

«Dejé la luz á un lado, y en el borde de la revuelta cama me senté, mudo, sombrío, la pupila inmóvil clavada en la pared.

¿Qué tiempo estuve así? No sé: al dejarme la embriaguez horrible del dolor, expiraba la luz, y en mis balcones reía el sol.

No sé tampoco en tan terribles horas en qué pensaba ó qué pasó por mí; sólo recuerdo que lloré y maldije y que en aquella noche envejecí.»

Indudablemente esos versos fueron escritos para pintar una situación análoga á la mía...

* *

Pensando como era lógico que aquel *Padrino*, con quien no quería encontrarme, iría al entierro, y deseando al propio tiempo ir yo también, para rendir el último tributo de mi cariño á la memoria del, ser, adorado, entablóse nueva y dolorosa lucha en mi agitado espíritu. No me sentía con fuerzas para el nuevo sacrificio—¡era ya demasiado!—y resolví asistir al entierro.

¿Que había de encontrarme forzosamente con *El Padrino* al pie de la sepultura de Enriqueta y que tal encuentro me sería muy desagradable? Desde luego; pero ¿qué remedio había? Aírontaría la situación. Más desagradable, más penoso, más imposible era renunciar al cumplimiento del que yo consideraba deber sagrado é ineludible.

¿Y si *El Padrino* tenía la audacia de preguntarme quién era yo y con qué derecho asistía á aquel acto? En ese caso, le haría yo la misma pregunta y acaso le demostrara que me asistía mejor derecho que á él. Al llegar

á este punto de mis reflexiones, no pude por menos que sonreír con triste y dolorosa ironía. ¿Qué había de preguntarme el hombre correcto y prudente de los tres campanillazos? Mi temor era tan infundado como pueril.

Para reforzar mi derecho á acompañar el cadáver de mi amada, en las primeras horas de aquel día envié, con un criado de confianza, una carta á doña Antonia, incluyendo en la misma la cantidad que juzgué necesaria para un entierro decoroso y una sepultura á perpetuidad, rogando encarecidamente á dicha señora que emplease aquel dinero en tales fines y que tuviera la bondad de enviarme á decir á qué hora se verificaría el entierro.

Volvió el criado y me notificó que el entierro era á las dos de la tarde. Cuanto á lo demás, la señora le había encargado me dijese que me estaba muy agradecida y que *procuraría complacerme*.

¿Que lo *procuraría!* ¿Por qué no afirmaba que me complacería desde luego? ¿Qué obstáculo existía? ¿Quién podía oponerse á mi justo desco? *El Padrino* sin duda, el hombre prudente y precavido, que haría gala una vez más de su generosidad, haciendo, como siempre, ostentación de su riqueza. ¡Siempre *El Padrino!*

* *

Poco antes de la hora señalada tomé un coche de punto y encargué al cochero que fuera á situarse en la esquina de la calle donde estaba enclavada la casa mortuoria. Ya estaba allí la carroza que había de conducir el féretro, y en seguida eché de ver que doña Antonia no había podido complacerme. Aquella carroza no correspondía al entierro decoroso que yo había propuesto: era la más lujosa, y, por consiguiente, la más cara que pudiera encontrarse. Aquella carroza era viva muestra de la fastuosidad de *El Padrino*. ¡Me sentía humillado! ¡Siempre *El Padrino!*...

Por una terquedad senil, que resultaba irónica y satírica, aquel hombre se había empeñado, desde tiempo atrás, en economizar mi dinero, prodigando el suyo en todo aquello que lógicamente era de mi obligación.

Poco después de llegar yo, llegó una rica y elegante berlina que se paró junto á la carroza mortuoria.

—Ahí sin duda está *El Padrino*—pensé. Y no quise salir de mi modesto pesetero.



Bajaron el ataúd, que era riquísimo sobre toda ponderación, y la carroza y la berlina se pusieron en marcha. En uno de los balcones estaba Juanita, la doncella de Enriqueta, llorando amargamente. Yo dije á mi cochero:

—Sigue á esa berlina á prudente distancia.

Iba pensando:

—Ahora ya no hay remedio; *lo voy á ver...* ¿Qué traza, qué aspecto tendrá ese hombre singularísimo? ¿Qué efecto me producirá? Pronto saldré de dudas.

Al atravesar las principales calles, noté que el fúnebre cortejo llamaba la atención de los transeuntes y excitaba su curiosidad. El caso no era para menos, al ver una carroza de todo lujo, sobre la cual descansaba un ataúd no menos lujoso, seguida únicamente por dos coches, uno de los cuales, el que yo ocupaba, de modestísima apariencia.

—Debe ser algún personaje extranjero—oí murmurar cerca de mi coche.

—Sí es difunta y se llamaba Soledad, va bien servida—agregó un pollo elegante, de esos que persiguen la frase con ensañamiento.

—Ahí sobran caballos y faltan peones—concluyó un tercero, que debía de ser aficionado al ajedrez.

Realmente no se explicaba aquella riqueza de la carroza mortuoria con la pobreza del acompañamiento.

Al llegar al cementerio el corazón me latía con violencia. ¡Iba á ver, á conocer á aquel *Padrino* misterioso, especie de esfinge, que tanto me había preocupado durante un año! Aquella idea casi borró de mi pensamiento por un instante el móvil que allí me conducía...

Antes de que parase la berlina hice parar mi coche, del cual descendí rápidamente. Paró á su vez la berlina, y con asombro, con estupor, vi salir de dicho carruaje un hombre joven, decente, pero llanamente vestido, de aspecto vulgar y completamente afeitado. Aquel hombre no era *El Padrino*. ¿Quién

era aquel hombre? Una idea siniestra cruzó como abrasador relámpago por mi atormentado cerebro, y una ola de sangre pasó ante mis ojos. ¿Sería aquel hombre el vecino de quien me había hablado doña Manolita? Si era él... ¿que Dios tuviera piedad de uno de los dos!... Tanta fué mi impaciencia, tan grande mi ansiedad y tan angustiada mi incertidumbre, que sin reflexionar que acaso cometía una grave imprudencia y que podía equivocarme en mi sospecha temeraria, me acerqué al desconocido y le hablé en los términos siguientes:

—Caballero... perdone usted si por acaso cometo una indiscreción; pero... desearía saber... si mi curiosidad no le molesta... si es usted amigo ó pariente de... de...

En los gruesos labios de aquel hombre se dibujó una sonrisa bonachona y contestó, amablemente y sin vacilar:

—Ni pariente ni amigo. Yo soy el ayuda de cámara del señor de M. *El Padrino*, como le llamaba la difunta y he venido al entierro por orden suya y en su representación...

Con qué satisfacción respiré ante la ingenua sencillez de aquel honrado funcionario del orden doméstico!

—Muchas gracias y usted perdone mi curiosidad—le dije apartándome de su lado.

En esto llegaron unos hombres, tomaron la caja y se internaron con ella en el cementerio. Nosotros seguimos silenciosamente al fúnebre cortejo.

Me asombró y—¿por qué no decirlo?—me contrarió la ausencia de *El Padrino*. Antes temía encontrarme allí con él, y luego, al no verle y al saber que había enviado una delegación para que le representase en acto de tal naturaleza, sentía cierta sorda irritación contra él... ¿Qué clase de hombre era aquel *Padrino*, tan discreto, tan tolerante, tan generoso en vida de Enriqueta, que ahora confiaba la custodia de los despojos de la mujer que tanto había querido á su ayuda de cámara?...

Discurriendo de este modo, me acerqué nuevamente á aquel hombre y le pregunté con mal disimulada ironía:

—¿Y cómo el señor de M., ese *Padrino* generoso y desinteresado, que tanto debía querer á su *ahijada* no ha venido al entierro?

—Le ha sido completamente imposible.

—¿Está tal vez enfermo á consecuencia del dolor sufrido por la muerte de esa pobre joven?—volví á preguntar con más acentuada ironía.

—No, señor. A Dios gracias, goza de excelente salud y se conserva muy bien. No ha podido venir, sintiéndolo



mucho, porque está ocupadísimo. Esta mañana á las diez fué á la casa mortuoria á disponer el entierro, á las once ha tenido que ir al Picadero á presenciar la prueba de un magnífico tronco inglés que ha de llamar la atención, y á las dos, precisamente á la hora del entierro, lo esperaban en el hotel de la marquesa de la Tramontana para ultimar los detalles del *baile benéfico* que ha de verificarse uno de estos días. ¡Qué actividad la suya! No descansa un momento. A no ser por tan urgentes ocupaciones, seguramente hubiera venido, porque *distinguía* mucho á esa pobre muchacha, como lo prueba el lujo desplegado en el entierro. Y á propósito, ¿es usted el pariente de doña Antonia que ha enviado esta mañana á dicha señora una *modesta* cantidad para el entierro?...

—Sí, señor; yo soy ese... pariente, y me extraña que no se haya accedido á mi deseo... con la *modesta* cantidad que envié.

—Se ha accedido en parte.

—¿Cómo?

—El señor, que es muy bueno y muy conciliador y muy transigente, buscó una fórmula. Primero se negó en redondo, alegando que aquella cantidad era insuficiente para un entierro *digno*, y que donde él está no paga nadie más que él. Después reflexionó un momento y

dijo: «Transijamos: yo pagaré la carroza, que está encargada y es la mejor que hay en Madrid y el ataúd, y que ese caballero pague la sepultura.» Y así se acordó. Con el dinero de usted se ha pagado una sepultura de primera á perpetuidad.

«Causóme tan inesperada noticia profunda y viva satisfacción. La carroza desaparecía concluido el entierro para reaparecer periódicamente al servicio de otras vanidades, y *ella*, Enriqueta, la mujer adorable y por mí adorada, aquel cuerpo divino que por tan breve espacio revistió humana forma, tendría ya para siempre

«lejos del mundanal ruido»

procurado por mí ¡mío! al cual podría yo ir á visitarla libremente, á todas horas, á la luz del día, como el que va á su propia morada, sin el cobarde recelo de oír impensadamente los tres campanillazos!...

Tal fué mi emoción, que estreché efusivamente la mano de aquel hombre, diciéndole:

—Tenga usted la bondad de dar en mi nombre las gracias á ese señor.

—De su parte. ¿Qué nombre le digo?

—El nombre no hace al caso: el *poriente* de doña Antonia.

* * *

Habíamos llegado con la fúnebre comitiva al borde de la sepultura de Enriqueta, de *mi* sepultura, gracias al espíritu transigente de *El Padrino*. Pusieron la caja en el suelo y mandé desclavar la tapa. ¡Quería verla por última vez!

Sencillamente amortajada con hábito del Carmen y casi cubierta de flores, apareció la adorada muerta. Clavé ávidamente la mirada en aquellos queridos despojos y un mundo de recuerdos surgió en mi memoria... Creyérase dormida por la dulce serenidad de su pálido semblante... Estaba más bella que nunca;

«la muerte fué tan piadosa»

que no quiso destruir los encantos de tan angelical criatura... El mismo gesto de bondad, que fué su principal atractivo, la misma ingenua expresión de su boca, en cuyos labios parecía vagar una leve sonrisa, como dándome gracias por haberla librado á última hora de la tutela y dependencia de *El Padrino*, ofreciéndola aquella tranquila estancia.

«de los últimos amores...»

Yo permanecía inmóvil y aquella gente se impacientaba.

—Basta... es demasiado... me dijo tímidamente mi acompañante. Y mandó cubrir nuevamente la caja.

Los martillazos al clavar la tapa me sacaron de mi es-



tupor y resonaron en mis oídos como ecos dolorosos de funeral campana que anunciaran el fin del Universo...

Descendió el féretro, sujeto con unas cuerdas, al fondo de la sepultura, y al chocar sobre el mismo la primera paletada de tierra, produciendo un ruido seco y estridente, sufrieron mis nervios tal sacudida, fué tan agudo, tan intenso el dolor que sentí, que estuve á punto de caer en tierra ..

Terminada la operación de llenar aquel hueco

«La piqueta al hombro,
el sepulturo
cantando entre dientes
se perdió á lo lejos.»

Yo permanecía quieto y como alzado...

Mi acompañante repitió:

—Basta... es demasiado...

Me cogió del brazo, y casi á viva fuerza me sacó de allí.

Yo me alejé pensando:

¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!...

* * *

Luis guardó silencio y apoyó la cabeza entre las manos, como abismado en tristes y dolorosos recuerdos.

Ramón, que había escuchado con suma atención, interesándole vivamente aquella historia, tomó la palabra y dijo en tono cariñoso:

—Vuelvo á repetir, concluida esa historia — y ahora ya la doy por rematada, porque en la muerte todo concluye—, que no veo por ninguna parte ni la rareza ni la debilidad de que hablaste al principio.

Y yo vuelvo á decirte que me escuches hasta el fin, porque no terminó mi calvario, como supones, con la muerte de Enriqueta.

—¿No? ¿Hay epílogo? Pero... ¿qué pudo pasar más de lo que ya ha habido pasado, faltando el personaje principal? En fin... sigue tu narración; ahora me interesa más que antes y no volveré á interrumpirte.

—Ya te he dicho que la infame conducta de doña Manolita, coronada con su última escapatoria, me autorizaba á creer que había calumniado á Enriqueta al contarme aquella aventura del vecino, cuando éste había desaparecido y yo no podía humanamente pedir explicaciones á la supuesta culpable.

Analizando la conducta de Enriqueta en sus relaciones conmigo, me afirmaba en la idea consoladora de que me había sido fiel. Contra la predicción de doña Manolita, de que *aquella mujer* me iba á costar mucho dinero y á causarme muchos disgustos, estaba el probado desinterés de Enriqueta y su ternura inagotable. Me costó el dinero que yo quise gastarme con ella en obsequios y superfluidades, bastante poco, por cierto, y en lo tocante á disgustos, sólo sufrí los que me *proporcionó* la propia doña Manolita, y ya quedan referidos.

Si siempre se había negado á aceptar dinero mío, y por consiguiente, ningún provecho material obtenía de nuestras relaciones, tenía derecho á creer, sin pecar de fatuo, que me quería por mí mismo, desinteresadamente, de verdad y sin mira egoísta de ninguna clase. Siendo esto así, ¿con qué objeto, á qué fin engañarme? No era lógico, no podía ser, no me había engañado. Firme en esta creencia, guardaba en mi corazón y en mi pensamiento— descontadas las amarguras que me ocasionaron su larga enfermedad y su triste fin — un recuerdo agradable

y profundo de aquella infortunada mujer. A los tres meses de su muerte, conservaba su recuerdo tan vivo como el primer día. Tan honda me había caído, que no había medio de restarla de mi existencia.

Con la misma tenacidad recordaba la calumnia de doña Manolita, la analizaba de mil diversos modos, y siempre llegaba al convencimiento de que Enriqueta era inocente y de que siéndolo, yo estaba en el deber de rehabilitar su memoria, buscar las pruebas de su inocencia y con ellas confundir y anonadar á la calumniadora. ¿Pero cómo realizar este generoso propósito? Nada más fácil—pensé—. Buscar á Juanita, la doncella de Enriqueta, é interrogarla con maña acerca del particular. Yo la había gratificado frecuentemente con cierta largueza y estaba seguro de que me diría la verdad; mas ¿dónde encontrar á Juanita?

En el cuarto que habitó Enriqueta vivía á la sazón un afamado modisto, y la portera no sabía nada de la muchacha que yo perseguía. Recorrí en pocos días varias agencias de sirvientes sin resultado satisfactorio, y cuanto más lejos veía la posibilidad de encontrar la persona que buscaba, más vivo era mi deseo de lograr el fin que me había propuesto.

No negaré que mi deseo tenía algo, y aun mucho, de contradictorio y de pueril. Porque si estaba convencido de la inocencia de Enriqueta, ¿á qué tomarme el trabajo inútil de averiguar lo que ya sabía? Una contradicción. ¿Para confundir á doña Manolita? Una puerilidad.

Me hacía este lógico razonamiento, y sin saber por qué persistía tenazmente en mi propósito de interrogar á Juanita sobre tan espinosa materia.



Y era que, á pesar de los pesares, no quería confesarme á mí propio que no estaba tan convencido como aparentaba de la fidelidad de aquella mujer...

* * *

Como todo llega, llegó el día en que sin buscarla, por obra de la casualidad, de la fatalidad, diré mejor, me encontré á Juanita de manos á boca en una calle solitaria. ¡Vi el cielo abierto!... Ella por su parte, también se alegró mucho de verme, me dijo que había sabido oportu-

namente lo de mi viaje, en el cual no había creído doña Antonia, y me habló de los últimos momentos de Enriqueta en los términos siguientes:

—¡Pobre señorita! ¡tan joven, tan guapa, tan buena... y morirse tan pronto!... La agonía fué larga; pero conservó el conocimiento hasta el último instante, y la última palabra que pronunció fué el nombre de usted.

—¿De veras, Juanita? ¿No me engañas?

—¿A santo de qué? Ya sabe usted que yo no miento.

—¿Y estaba allí *El Padrino*? ¿La oyó?

—La debió de oír, como la oímos todos.

—¿Y qué dijo?

—Nada. ¡Qué había de decir! Como si tal cosa. Ya sabe usted lo *prudente* que era. La señorita lo quería á usted con locura; bien lo sabe usted. Bien satisfecho puede usted estar de que lo ha querido más que á nadie...

Y adujo innumerables pruebas del cariño que me había profesado su señorita.

Cualquiera en mi caso—no siendo un insensato—habría desistido de toda enojosa investigación, dándose por satisfecho y considerándose feliz en las revelaciones de Juanita. Yo, por el contrario, encontré en aquellas halagadoras palabras el argumento decisivo para tocar sin miedo tan delicado punto. Y digo sin miedo, porque á las muchas pruebas que poseía del amor de Enriqueta, podía agregar las muy expresivas que acababa de oír, que eran sin duda por su número y calidad, las más concluyentes. Una mujer que me había consagrado su último pensamiento, como desecando penetrar en el misterio de lo eterno con la idea de mi amor, para que éste fuese perdurable, no podía haberme engañado. Siempre y por todos los caminos llegaba á la misma conclusión. Gallardamente apoyado en mi idea fija, hablé de este modo:

—Pues esa mujer tan cariñosa, tan buena, tan leal, que tanto y tan de veras me quería... ha sido vil y groseramente calumniada. Me han dicho que un vecino, que vivía en el cuarto de al lado...

Aquí me atajó la palabra Juanita, diciendo con sencilla ingenuidad:

—En eso no la han calumniado.

—¿Eh? ¿Cómo?

—Lo del vecino es verdad.

Quedé petrificado. En aquel momento hubiera querido que la tierra se abriese á mis pies para sepultarme con mi despecho y mi vergüenza, en el más insondable abismo.

Juanita prosiguió:

—Eso se lo habrá dicho á usted doña Manolita. ¡Buena pájara!... Lo que no le habrá dicho seguramente es que ella, comprada por el vecino, fué quien *incitó* á la señorita á cometer aquella locura, diciéndole que usted tenía relaciones con una cómica y que debía pagar el engaño en la misma moneda. Ella fué crédula, se arrebató y por vengarse... Aquello fué una *ventolera*... Sólo dos noches entró el vecino después de haberse usted marchado, y fué doña Manolita quien le abrió la puerta. Después, cruz y raya. La señorita era muy buena, muy simpática... pero... ¡vamos! *era así*... en un pronto... Y eso no se puede remediar. A usted lo quería con delirio, más que á *ninguno*, eso lo sé yo y puede usted creerlo; pero... ¡vamos! *era así*...

Creo que Juanita dijo algo más que no recuerdo, como no recuerdo tampoco la forma en que me despedí de ella, ni si la di alguna gratificación por el *favor* que acababa de hacerme...

Sólo recuerdo que al poco rato me encontraba muy distante del lugar de aquella escena y que repetía con insistencia:

—¡*Era así!*... ¡*Era así!*... ¡Y eso no se puede remediar!

* * *

Y aquí entra lo anómalo, lo raro de esta historia; lo que yo llamo mi censurable y ridícula debilidad.

—¡Gracias á Dios que al fin llegamos al punto culminante! Soy todo oídos.

—Mientras creí que habían calumniado á Enrique— su recuertado, aunque triste, como lo es siempre el del bien perdido, era al propio tiempo agradable y consolador. La muerte, contra la cual no hay posible rebeldía, me había arrebatado á la mujer amada; pero aquella mujer, joven y hermosa, generosa y sensible, simpática y desinteresada, había sido mía, mía exclusivamente durante un año, no sólo en lo tocante al riquísimo y codiciado tesoro de su cuerpo, sino también—y esto era lo más esencial—en lo que se refería á la espiritualidad de su ser. ¡Yo, yo solo había reinado en su corazón...

Ahora, cuando ya la duda no es posible, ante la descaruada y brusca realidad de su impremeditada é incomprendible *traición*, plenamente demostrada, en vez de odiar su memoria, como fuera natural y lógico, procurando olvidar tan desdichada aventura, su recuerdo es más vivo, más punzante... ¡y más amado!..

Creo sinceramente la ingenua declaración de Juanita; pero creo también que he cometido una indignidad y una profanación al remover, airado, los huesos de la pobre muerta, en busca de delitos, faltas ó pecados que habían prescrito en lo humano—que no hay juez en la tierra que traspase los límites del sepulcro—y que acaso la justicia divina habría ya juzgado y perdonado...

Sobre todo, ¿con qué derecho removía yo aquellas cenizas? ¿Era mi mujer? ¿Había sido siquiera una de esas queridas que arruinan á sus amantes?

El hombre que recibe de una mujer los favores que yo recibí de aquella infeliz Enriqueta, debe ser más benévolo, más generoso, más agradecido y pagar de otro modo tales favores.

Comparo mi conducta con la de *El Padrino*, á quien había intentado ridiculizar más de una vez, y me considero muy inferior en todos conceptos á dicho personaje y bastante más ridículo que él. El, que tenía indiscutible derecho á fiscalizar los actos de Enriqueta, porque la pagaba espléndidamente, no sólo no la vigiló jamás, sino que la dejó en libertad completa para que procediese á su antojo, llevando su tolerancia hasta el extremo inconcebible de poner á aquella mujer al abrigo de toda sorpresa por parte suya, mediante los tres famosos campanillazos, su falta de curiosidad por conocer las *interioridades* de la casa, sus *recados previos* y la brevedad de sus visitas. Yo, por el contrario, sin poder alegar sus derechos y aprovechándome de su tolerancia y de su generosidad para engañarle, había llevado mi irracional é injustificada desconfianza hasta el punto de vigilar, para descubrir sus faltas y encontrar sus debilidades, á aquella mujer, que pagaba *El Padrino* para mi delicia, llevando la crueldad de investigación más allá del sepulcro, cuando ya había pagado con su vida el derecho al eterno descanso...

Pensando estas cosas me desprecio á mí mismo, el despecho atiranta mis nervios y la memoria de aquella mujer, más vive ahora que antes, es mi obsesión de todos los días, mi martirio de todos los momentos, mi remordimiento perdurable...

Confieso con rubor que amo su memoria después de conocida su falta, con más intensidad que nunca, y pienso con espanto que si esa mujer viviese sería capaz de perdonarla, á trueque de seguir amándola y de que ella continuase dispensándome sus favores...

Dime ahora, querido Ramón, imparcialmente, con la sinceridad que debes á mi amistad probada, si esta crisis de mi espíritu no acusa una censurable debilidad que pugna con la moral corriente y que me pondría en ridículo ante cualquiera que no fuese tan indulgente como tú.

Luis guardó silencio, como esperando la respuesta de su amigo, y éste, después de meditar unos momentos, dijo con la mayor naturalidad y como si ya tuviera resuelta la cuestión:

—Los acontecimientos que acabas de referirme constituyen una interesante novela romántica, tu novela—cada uno tiene la suya— y podías y debías escribirla

para recreo de gente soñadora y enseñanza y corrección de espíritus exaltados é impresionables. ¿Su título? *El Padrino*. Protagonista invisible para el público, pasivo en cierto modo, pero con derecho innegable á ocupar ese primer puesto, por más de que no tiene el relieve ni la originalidad que tú le concedes, por ser como eres juez y parte en causa que te llega á lo vivo. Desde la parte de afuera, el lector lo reduciría á sus proporciones justas y naturales.

El tipo no es nuevo ni complicado y pudieran citarse hasta con nombres propios muchos de sus congéneres. Ya hubo aquí años atrás, entre otros, un duque archimillonario, muy conocido, muy popular y también muy anciano que paseaba con *La Trini* (una muchacha muy bonita, recogida del arroyo) por la Castellana en lujosa carretela, siendo la tal *Trini*, por sus trenes soberbios y sus joyas riquísimas, la admiración y el asombro de la villa y corte.

El duque de *La Trini* era tan previsor, tan prudente tan tolerante como *El Padrino* de tu Enriqueta y bastante más espléndido, y *La Trini*, práctica como todas las mujeres de su clase, tenía también su amante del corazón, el cual amante, más avisado que tú, más vivo, como ahora se dice, se gastaba alegremente con ella, viviendo á su costa, el dinero del duque, cosa que éste no ignoraba, según cuentan las crónicas, sin importarle poco ni mucho el engaño de que era víctima voluntaria.

Muchos de esos grandes señores, casi todos, singularmente si son ancianos, no ponen en sus queridas oficiales, *de clase inferior*, cariño, pasión ni interés, ni siquiera apetitos carnales; éstos, por la sencilla razón de que ya no los tienen, ni podrían satisfacerlos, aunque los tuvieran, por carencia absoluta de *medios adecuados*. Sólo ponen en tal empeño sus *intereses* y una vanidad pueril y ridícula, igual á la que experimentan al exhibir un magnífico tronco de caballos que no tiene semejante en el precio, un brillante raro por su tamaño excesivo ú otra cualquier *magnificencia* de esas que acusan una fortuna cuantiosa.

¿Qué sacrificio representaba para ese *Padrino* de tu historia el sostener con lujo á su querida oficial, siendo tan rico como dices, si esa querida le daba tono y servía á maravilla su vanidad, una vanidad senil que por viril quería él hacer pasar? Con los almuerzos á que la invitaba en presencia de sus amigos, con los paseos en coche descubierto por los sitios más concurridos, con tenerla instalada en buena casa y con visitarla *reglamentariamente*, se cobraba con creces los desembolsos que hacía que, como digo, no suponían para él el menor sacrificio. Que Enriqueta hubiera sido fea, y á ver si obtenía la protección desinteresada de ese ni de ningún otro *Padrino*. ¿Cariño hacía ella? El mismo que pudiera sentir por su yegua favorita...

El Padrino de tu cuento, de la carrera diplomática, seguía siendo diplomático en la vida privada: eso es todo.

Doña Manolita tampoco es la excepción. Hay muchas criaturas, muchísimas, por desgracia, de una tan grande perversión moral, innata, que practican sistemática é instintivamente lo que pudiéramos llamar *el arte por el arte*, es decir, el mal por el mal, sin propósito, sin objeto, sin finalidad de ninguna clase. Se es malvado como se puede ser rubio ó moreno, y doña Manolita es perfecta en su clase, la suma perfección. Tales seres son los borrones involuntarios del Hacedor Supremo al trazar las páginas de la creación, aberraciones de la Naturaleza. Cuando se topa con uno de esos monstruos se debe decir: «Borrón y cuenta nueva», poniéndose á respetable distancia del borrón, que es lo que tú debiste hacer con doña Manolita al persuadirte de su maldad.

Y ahora voy contigo y contra ti. Al juzgarte en este caso no estoy de acuerdo con tus apreciaciones. Eres sencillamente un hombre de corazón, impresionable, exageradamente nervioso, de viva imaginación y tierna sensibilidad, un romántico, en suma, que llega con

retraso considerable á una sociedad *decadente y modernista*, en la cual no hay ambiente apropiado para tus pulmones.

Sentada esa base, tu conducta, mejor dicho, tu desgracia, lejos de parecerme censurable y ridícula, me parece sublime, con la sublimidad trágica de las grandes pasiones y de los supremos infortunios. Estabas enamorado á tu manera, apasionado, y procedías con arreglo á tu temperamento y á las circunstancias que te rodeaban. Ofuscado por esa pasión, tú mismo has agravado tus dolores, añadiendo un número á la ya incontable serie de *curiosos impertinentes* que en el mundo han sido, y esto, en un hombre de tus años y de la experiencia que *debieras tener*, es imperdonable, aunque no ridículo. En tales casos, no ya tratándose de mujeres como Enriqueta, que al fin y al cabo era *una de tantas*, sino de otras más *consistentes*, la duda es preferible á la realidad, y tú estabas en las mejores condiciones para mantenerte en la duda, no sólo por tener como tenías claras pruebas de su amor, sino también y principalmente porque aquella mujer no podía ponerte en ridículo ni manchar tu nombre. Entre *El Padrino* y tú hay un término medio, que es el justo y el que debiste adoptar. Ni una tolerancia excesiva, ni una desconfianza suspicaz. Sin la última, innecesaria y enojosa investigación, tu dolor se habría ya calmado y el recuerdo de tu amada se hubiera ido perdiendo poco á poco, por gradación natural, en la lejanía melancólica, clara y tranquila de un horizonte sin nubes—ahora negro y tempestuoso. No es debilidad sentir lo que sientes; más bien es desgracia. Has pecado de irreflexión, y tu error ha consistido en abultar los hechos con arreglo al cristal de tu fantasía.

«Bienaventurados los que lloran.» Aún eres joven y puedes gozar de la vida. Ya vendrán días mejores...

Cuanto á Enriqueta, la bella, simpática y sugestiva heroína de tu novela, ignorando, pero suponiendo su vida anterior y en presencia de su injustificada aventura con *aquel vecino*, cabe preguntar: ¿Era una *Manón Lescaut*? ¿Era una *Margarita Gautier*? ¡Quién sabe! Por lo menos puede asegurarse que tenía *su madera* y que tal vez en otro escenario y en otras circunstancias habría dado el mismo juego que aquéllas. Esas grandes creaciones de la fantasía tienen semejantes en la realidad. Por eso son grandes; y en último término, vienen á probar, por el éxito que obtienen, los sentimientos que inspiran y la poesía que derrochan, que el romanticismo, pese á la transformación de las costumbres y al influjo de cierto género literario que quiere proscribir el sentimiento y la poesía, es de todos los tiempos, resiste á todas las extravagancias de las modas nuevas y vivirá tanto como el hombre. El romanticismo no es otra cosa que la exaltación del sentimiento hacia un puro ideal, hacia una aspiración suprema, y no se concibe al hombre sin aspiraciones y sin ideales.

Enriqueta, aunque *era así...* como decía gráficamente Juanita con cruel ingenuidad, era también al propio tiempo, en *su clase*, una buena muchacha, una excelente joven, romántica, á su modo, el tipo de la querida ideal para un hombre de tus condiciones, y tú debes, desde este momento, que podemos llamar solemne, poner punto final al intrincado, complicado y caviloso monólogo de tus desdichas, más imaginarias que reales, procurando encontrar cuanto antes la indispensable mora verde que te ha de quitar la mancha de esa última mora malograda, arrojando por la borda, á ser posible, el lastre romántico que aún te queda. Eso es todo. Corte de cuentas, vida nueva... y aprovechar la vida, que es corta.

* * *

Ramón guardó silencio un instante, cambió la expresión de su fisonomía como para indicar que cambiaba de asunto, miró su reloj, hizo un gesto de sorpresa y exclamó alegremente:

—¡Caramba, las ocho; no creí que fuese tan tarde!... ¡Cómo pasa el tiempo cuando es interesante la conver-

sación y grata la compañía! Oye, Luis, vamos á comer aquí mismo, para ahogar en vino los últimos y ya desvanecidos fantasmas de tu espíritu. ¡No me digas que no! ¡Las ostras me han abierto el apetito. ¡Mozo! ¡Camarero! ¡Antonio!

Y empezó á tocar las palmas como si aplaudiera el final de un largo *parlamento* en quintillas.

Antonio se presentó; Luis, abismado aún en los recuerdos que acababa de evocar, no opuso la menor resistencia al deseo de su amigo, y éste se encargó de que el *menu* fuera selecto, abundante y apetitoso, en cuya materia estaba mucho más fuerte que en psicología, siendo, no obstante, como era, á juzgar por las consideraciones que le hemos oído, un psicólogo consumado.

Después de una exquisita y bien sazonada sopa de hierbas, lo mejor y más fresco del bien provisto escaparate de Morán fué trasladado á la mesa de los dos amigos.

Aquí fuera de rigor decir, como es uso y costumbres al pintar los enamorados de las novelas, que Luis no probó bocado, ó que comió poquísimo, ocupado exclusivamente en suspirar y en *atender* á su dolor. A creer á esos novelistas, los tales amantes viven del aire, como los camaleones.

El narrador de estos sucesos faltaría á la verdad si tal dijera. La naturaleza cumplió sus leyes imperiosas, el estómago realizó sus necesarios fines y Luis comió lo que generalmente comía, no mucho, porque era sobrio; pero tal vez algo más de lo ordinario, animado por la amena y pintoresca conversación de su amigo, que hacía lo posible por distraerle, y estimulado por la *trveza* del pollo y la *frescura* de los langostinos. Cuanto *éa* Ramón, que no era de los que comen para vivir, sino de los que viven para comer, hombre que atendía más á la materia que al espíritu, devoró, como acostumbraba, con verdadera delicia y en cantidad respetable. Y hablaba tanto como comía y con la misma fruición. Aquello de «oveja que bala pierde bocado», no rezaba con él. Se desquitaba ampliamente del largo silencio que había tenido que guardar escuchando la historia de su amigo.



A los postres intentó Luis volver á tocar, tímidamente, el asunto de sus desventurados amores, acaso para aclarar alguna duda ó agregar algún detalle; pero al primer intento Ramón le cortó la palabra, ejecutando una rápida maniobra, tan cómica como expresiva, la cual maniobra consistió en apretarse los labios con las puntas de los dedos índice y pulgar de la mano derecha, agitando al propio tiempo la izquierda hacia fuera, repetidamente, como si tratara de espantar una mosca importuna. ¡Y tan importuna como era *la mosca* que Ramón trataba de ahuyentar! Aquella mímica graciosa y expresiva, quería decir: «Punto en boca. *Aquello* está muerto y enterrado y no hay para qué volver sobre *aquello*».

Luis lo comprendió, adivinó el cariñoso interés de su amigo y le estrechó la mano efusivamente. Ramón repitió la pantomima, como para remachar el clavo, se miraron con fijeza, y en aquella mirada convinieron, tácitamente, en que, *aquello* estaba muerto y enterrado y no había para qué volver sobre *aquello*...

Tornaron á hablar de política (enfermedad endémica de los españoles), de literatura, de las intrigas de bastidores, del último estreno, de la novela próxima á publicarse, del crimen de ayer, del proceso sensacional, de lo divino y de lo humano, de todo... menos de *aqué- llo*. Era cosa resuelta.

* * *

Cerca de las diez salieron de casa de Morán, lanzando al espacio espesas y aromáticas bocanadas de humo; lo cual quiere decir en buen romance que no tenían la desgracia de fumar tabaco del estanco, por lo cual no corrían el peligro de envenenarse. Ramón llevaba siem pre la petaca bien provista de riquísimos habanos.

Los dos amigos torcieron hacia la derecha, pasaron por delante del café de *Fornos* y, doblando la esquina, entraron en la calle de Alcalá, dirigiéndose á la Puerta del Sol.

¡Lo que es este *dichoso* clima de Madrid! En cuatro horas, próximamente, había cambiado el tiempo por completo y había totalmente variado la temperatura. Más que la noche de uno de los últimos días del otoño, parecía una de las más bellas y apacibles del verano. El *veranillo de San Martín* quería despedirse dignamente y, con tan ostentoso alarde lucía sus ricas galas, que casi, casi parecía un verano hecho y derecho...

El viento, frío, polvoroso y molesto, que reinaba por la tarde, arrastrando las hojas caídas é intentando cevar á los transeuntes, habíase convertido en brisa suave y acariciadora; la atmósfera era templada y transparente; habíanse disipado las nubes y lucía más valiente y más afortunada que el sol—la luna llena, haciendo resaltar, con su luz clara y dulce, el brillo de inúmeras y gráciles estrellas que tachonaban el puro azul del firmamento...

Esos cambios bruscos, repentinos, son muy frecuentes en Madrid, en todo tiempo, especialmente en las estaciones intermedias.

Con la luz de la luna, el fulgor de las estrellas y los grandes focos eléctricos de columnas y escaparates, la claridad era completa; pero la mezcla de los diversos y contrapuestos lumináres que concurrían á formarla, daban á aquella claridad un tono extraño, fantástico y en cierta manera, poético y fascinador. Un poeta tal vez hubiera dicho que la calle de Alcalá semejava aquella noche una ancha cinta de plata...

Numeroso y abigarrado público invadía las anchas aceras, ocupadas de trecho en trecho dejando por la parte de afuera el necesario espacio para la circulación—con las mesas de los cafés, á las cuales sentábanse apresuradamente innumerables desocupados.

Ciertos transeuntes, políticos, cómicos, literatos ó bolsistas, impacientes por conocer alguna noticia para ellos interesante, repasaban, sin dejar de andar, los periódicos de la noche.

La animación á tal hora en la calle de Alcalá es siempre extraordinaria, sobre todo cuando como en aquella noche convidaba á frecuentarla lo apacible de la temperatura. Desde la esquina del *Suizo* hasta la esquina de la Puerta del Sol, es, quizás, el sitio más animado de Madrid.

El *bulle-bulle*, el rumor de las conversaciones de paseantes y *estacionarios* (los que interceptan las aceras, molestando indebidamente al público) y las voces de los vendedores ambulantes, que ofrecían simultáneamente el *Heraldo*, *La Correspondencia*, una vara de nardos, el premio gordo de la lotería y otra porción de cosas que fuera prolijo enumerar, daban tono y color al cuadro, que resultaba alegre y pintoresco.

* * *

Al dar Luis y Ramón los primeros pasos en la calle de Alcalá, gritaban varias pequeñas floristas ambulantes.

—¡A dos *perras gordas* la vara de nardos! ¡A dos *perras gordas*!

Una muchachucla como de doce á trece años, bastante espigada, morenilla, de grandes y expresivos ojos negros, nariz carnosa, corta y graciosamente respingada, pobremente vestida, peinada á la moda chulesca, una *golfa*, en fin, con todas las trazas y apariencias de que en un porvenir próximo esquivaría también las miradas de los guardias, acercóse á Luis y le ofreció, mimosamente, con voz acariciadora, una vara de nardos. Luis aceptó el ofrecimiento y entregó una peseta á la chicuela, indicándole que se guardase la vuelta.



—Salud y que Dios se lo aumente—dijo la muchacha, y se alejó, corriendo y brincando de alegría.

Luis aspiró con delicia el penetrante aroma de la que era su flor predilecta, paseó su mirada por la multitud que bullía á su alrededor, la elevó después hacia el firmamento, dibujóse en sus labios una leve sonrisa de dulce satisfacción, acaso la primera que sentía desde hacía mucho tiempo, y dijo, casi á media voz y como si hablara consigo mismo:

—¡Hay que vivir! ¡Qué hermosa es la vida!...

Ramón le oyó, y agregó, presuroso:

—¡Y que lo digas y que no se te olvide! No conozco nada mejor que el vivir, y aun en el caso más apurado de la existencia, siempre diré que peor fuera no verlo.

Los dos amigos cruzaron á la acera de la izquierda y entraron en la Central de Teléfonos, donde Ramón, que era corresponsal de un periódico de provincias, tenía que expedir un despacho urgente, dando cuenta de lo que en España es el pan de cada día, de unos rumores de crisis, rumores que, según los ministeriales, carecían de fundamento...

* * *

En la misma acera de la izquierda, un poco más abajo de la Central de Teléfonos y cerca de la Puerta del Sol, está el *Salón de actualidades*, la cuna, puede decirse, del género infimo, *sicalíptico*, como ahora se dice, por no decir pornográfico—que hasta el lenguaje se ha hecho hipócrita.

En la época á que se refiere esta narración, *Actualidades* estaba en todo su apogeo. Compartía, hasta cierto punto, su gloria y su prestigio el *Salón Japonés*, situado en la misma calle, junto al café *Suizo*; y digo hasta cierto punto, porque *Actualidades* llevaba la mejor parte en aquella competencia y obtenía la predilección del público, por acentuar y extremar la nota *sicalíptica* mucho más que *El Salón Japonés*.

En ambos coliseos (de algún modo hay que llamarlos) se cantaban *couplets* verdes, se ejecutaban bailes escandalosamente obscenos y pantomimas de una *plasticidad* vergonzosa, se representaban diálogos y monólogos picarescos y se hacían otras muchas cosas, todas ellas *edificantes*, cargadas de mostaza de la más fuerte y sazonadas con sal de la más gruesa; pero, *Actualidades* se llevaba la palma, y las palmas, como queda dicho, por exagerar hasta un grado indecible la nota *sicalíptica*.

A la misma hora en que Luis y Ramón salían de casa de Morán, un gran grupo de curiosos se había estacionado á la puerta del *Salón de Actualidades*, y los revendedores gritaban desaforadamente:

—¡*Tacas!*... ¡*Tacas!*—(Léase butacas, que es lo que ellos querían decir y lo que el público entendía)—. ¡*Tacas!* ¡*Tacas*, para ahora!...

Y añadían, enumerando parte del programa:

—¡La bella *Chelito*, Amalia la sevillana, Pepita la granadina, *La canción de la pulga*, por la señorita Cóhen!... ¡*Tacas!* ¡*Tacas* para ahora! ¡Que se va á empezar!

La canción de la pulga, una obscenidad grosera, cantada y ejecutada por una ex corista del teatro Cómico, que sin transición había pasado á ser *estrella* del planeta *Actualidades*, era el *clou* de aquella *brillante* y provechosa temporada.

Muchos transeuntes, de todas clases y condiciones sociales, se apresuraban á adquirir localidades para tan divertido espectáculo.

Los curiosos estacionados cerca de los revendedores, pararon la atención en un anciano de mediana estatura, delgado, recto, ó, más bien, erguido, de facciones finas y correctas, de sano y encendido color, con el pelo y el bigote completamente blancos y primorosamente rizados á fuego que se acercó á uno de aquellos industriales vociferadores y le habló en voz baja, en demanda, sin duda, de una buena butaca.

El anciano parecía vivamente contrariado por haber llegado tarde, y pedía con insistencia una butaca de primera fila, del centro, para la sección de las diez, que pronto iba á comenzar. El revendedor no podía complacerle, porque ya sólo le quedaban butacas de filas posteriores; lo sentía mucho porque *el señor* era buen parroquiano, pero no lo podía remediar. El anciano no se conformaba con aquella explicación, y dirigiéndose á otros revendedores y aun á las personas que le rodeaban, dijo en alta voz:

—¡Una butaca de primera fila, del centro, cueste lo que cueste!...

Al oír aquella proposición, un hombre relativamente joven, de cara cetrina y duras facciones, con sombrero cordobés, americana corta y pantalón ajustado, de aspecto insolente y traza ordinaria, entre chulo apócrifo y andaluz degenerado, acercóse al viejecito, con un papel en la mano y, encarándose con él, le dijo tranquilamente:

—¿Cueste lo que cueste?

—Cueste lo que cueste—repitió el viejo, con la seguridad del hombre á quien nada le importa el dinero.

—Tenía yo interés en ver eso de *la pulga*, que dicen que es cosa de gusto; pero baza mayor quita menor, y puesto que *el señor* tiene tanto interés, aquí hay una butaca de primera fila, del centro. ¡Cómo se pide!

—¿Cuánto quiere usted por esa butaca?

—Lo que usted crea que vale su capricho.

El anciano, hombre fastuoso, de esos que se perecen por atraer sobre sí la pública atención, apareció radiante y satisfecho, por el doble motivo que se le presentaba de realizar su capricho y de tener auditorio que admirase su espléndidez. Tomó la butaca y puso dos duros en la mano del hombre del sombrero cordobés, preguntándole:

—¿Está bien?

—¡*Pero* que divinamente! ¡Me ha costado una peseta!... Los caprichos se pagan. Salud y que usted se divierta.

Y se alejó á buen paso. Cuando ya el anciano no podía oírle, dijo, en alta voz, alegremente, *contemplando* los dos duros:

¡Qué *panoli* es el *agüelo*!... ¡Dos duros por oír *La canción de la pulga* á la señorita Cóhen y ver otras cosas por el estilo!... *Pá mí* que es un emperador *disfrazao*... ú cosa parecida... que va de *incónito*. ¡Dos duros!... ¿Serán falsos?

Sonó repetidamente las monedas sobre las piedras de la calle y, persuadido de que eran buenas, las metió en su bolsillo y se coló en una tienda de vinos, con aire de triunfador.

En aquel momento pasaban Luis y Ramón por la

puerta de *Actualidades*, y también pararon la atención en aquel anciano que era objeto de la curiosidad y de los comentarios del público. Luis hizo instintivamente y sin darse de ello exacta cuenta, un gesto de sorpresa, de sorpresa desagradable, y Ramón, que tuvo en aquel momento una como súbita revelación misteriosa, dijo á su amigo:

—Ese viejo tan pulcro y tan acicalado que se dispone á entrar en *Actualidades*, ¿será *El Padrino* de tu historia?

Luis, como si le molestasen el recuerdo, la pregunta y la posibilidad de que aquél fuese el hombre que nunca había querido conocer, contestó, en tono displicente:

—Creo que no... no sé... ya te he dicho que no le he



visto nunca y que sentiría encontrarle en mi camino.

—Pues si no lo es, merecía serlo.

Los revendedores volvieron á gritar:

—¡*Tacas!* ¡*Tacas!* ¡La bella *Chelito* Amalia la sevillana, Pepita la granadina! ¡*La canción de la pulga*!... ¡*Tacas*, para ahora, que se va á empezar!...

—¿Quieres que entremos?—preguntó Ramón á su amigo.

—¿No te da asco?

—No, por cierto; así se pasa el rato, y, además, podemos averiguar quién es ese *señor*.

—No tengo en ello el menor interés. Vámonos.

Y apretó el paso, como si huyera de la peste.

Cuando Luis y Ramón entraron en la Puerta del Sol, un vendedor ambulante gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡A *perra gorda*, *La desesperación de Espronceda*!... ¡A *perra gorda*!...

Y los revendedores repetían por centésima vez:

—¡*Tacas!* ¡*Tacas!* ¡Que se va á empezar!...

El caballero anciano, con la alegría del glotón ante un plato succulento, entró radiante y satisfecho en el *Salón de Actualidades*, á oír y ver *La canción de la pulga*, por la señorita Cóhen.

Ramón no se había equivocado: aquel anciano era, efectivamente, *El Padrino*.

Francisco Flores García.

El Cuento Semanal.

PUBLICA EN SU NÚMERO PROXIMO

ÉGLOGA.

Comedia por G. MARTINEZ SIERRA.

NUMEROS PUBLICADOS

- 1.° Jacinto Octavio Picón: *Desencanto*.
- 2.° Jacinto Benavente: *La sonrisa de Giocconda*.
- 3.° Gregorio Martínez Sierra: *Aventura*.
- 4.° Eduardo Zamacois: *La cita*.
- 5.° Salvador Rueda: *La guitarra*.
- 6.° Antonio Zozaya: *La maldita culpa*.
- 7.° Emilia Pardo Bazán: *Cada uno...*
- 8.° Joaquín Dicenta: *Una letra de cambio*.
- 9.° Felipe Trigo: *Reveladoras*.
10. José Francés: *El alma viajera*.
11. Eduardo Marquina: *La caravana*.
12. Juan Pérez Zúñiga: *La Soledad del campo*.
13. Pedro de Répide: *Del Rastro á Maravillas*.
14. Manuel Bueno: *Guillermo el apasionado*.
15. Linares Rivas: *La espuma del champagne*.
16. Pedro Mata: *Ni amor ni arte*.
17. Amado Nervo: *Un sueño*.
18. Alejandro Sawa: *Historia de una reina*.
19. F. Villaespesa: *El milagro de las rosas*.
20. S. y J. Alvarez Quintero: *La madrecita*.
21. Sinesio Delgado: *El fin de una leyenda*.
22. E. Ramírez-Angel: *De corazón en corazón*.
23. A. Larrubiera: *La conquista del jándalo*.
24. Mauricio López-Roberts: *Las Tres Reinas*.
25. Colombine: *El tesoro del castillo*.
26. F. Serrano de la Pedrosa: *¡Por malas!*
27. Pablo Parellada: *Pompas de jabón*.
28. Ramón Pérez de Ayala: *Artemisa*.
29. Manuel Ugarte: *La leyenda del gaucho*.
30. Mariano Vallejo: *Deuda pagada*.
31. Arturo Reyes: *La Moruchilla*.
32. Angel Guerra: *Al ¡jallos*.
33. Rafael Leyda: *Santificarás las fiestas*.
34. Cristóbal de Castro: *Luna, lunera...*
35. Ricardo J. Catarineu: *Almas errantes*.
36. Francisco F. Villegas (Zeda): *Confesión*.
37. Claudio Froilo: *Cómo murió Arriaga*.
38. Antonio Palomero: *Don Claudio*.
39. Pompeyo Gener: *Últimos momentos de Miguel Servet*.
40. Carlos Luis de Cuenca: *Lo que son las cosas*.
41. J. López Pinillos: *Frente al mar*.
42. Blanca de los Ríos: *Las hijas de don Juan*.
43. Julio Camba: *El destierro*.
44. Miguel Sawa: *La Muñeca*.
45. Luis Bello: *El corazón de Jesús*.
46. J. Ferrándiz: *El «Días iras» de San Huberto*.
47. A. R. Bonnat: *Un hombre serio*.
48. Alberto Insúa: *Las señoritas*.
49. J. M.ª Salaverría: *El literato*.
50. Apeles Mestres: *La espada*.
51. Blanco-Belmonte: *La ciencia del dolor*.
52. Rafael Salillas: *Quiero ser santo*.
53. Número-Albuma: *Del camino*, por Joaquín Dicenta.—Precio: 50 céntimos.
54. Manuel Linares Rivas: *Un fiel amador...*
55. Antonio Zozaya: *Cómo delinquen los viejos*.
56. Eduardo Marquina: *La «Muestras»*.
57. Arturo Gómez-Lobo: *La senda estéril*.
58. Sinesio Delgado: *Espíritu puro*.
59. Pedro de Répide: *El solar de la Bolera*.
60. Eduardo Zamacois: *El collar*.
61. José Francés: *Mientras las horas duermen...*
62. Gabriel Miró: *Nómada*.
63. Ramón A. Urbano: *El barbero del ustia*.
64. Pascual Santacruz: *Nobleza obliga*.
65. José M.ª Matheu: *Un bonito negocio*.
66. Leonardo Sherif: *Los cuernos de la luna*.
67. Francisco F. Villegas (Zeda): *La fábrica*.
68. Blanca de los Ríos: *Madrid goyesco*.
69. Felipe Sassone: *Viendo la vida*.
- 70 y 71. Benito Pérez Galdós: *Gerona*.
72. Jacinto Octavio Picón: *Rivales*.
73. G. Martínez Sierra: *Torre de marfil*.
74. A. Hernández-Catá: *El pecado original*.
75. Arturo Reyes: *El niño de los Catreles*.
76. F. García-Sanchiz: *Historia romántica*.
77. Felipe Trigo: *El gran simpático*.
78. Ramón M. Tenreiro: *Embrujamiento*.
79. Cristóbal de Castro: *Las insaciables*.
80. Joaquín Dicenta: *La gañanta*.
81. Colombine: *Senderos de vida*.
82. Salvador Rueda: *El poema de los ojos*.
83. José Santos Chocano: *La cruz y el sol*.
84. Claudio Froilo: *Las cuatro mujeres*.
85. Eduardo Marquina: *Corneja siniestra...*
86. M. López-Roberts: *En la cuarta plana*.
87. A. Zozaya: *La princesita de Pan y Miel*.
88. Pedro de Répide: *Noche perdida*.
89. Manuel Ugarte: *La sombra de la madre*.
90. Pedro Mata: *Cuesta abajo*.
91. F. Serrano de la Pedrosa: *El «Emperaors»*.
92. Joaquín Dicenta: *Galerna*.
93. Jacinto Benavente: *Nuevo coloquio de los perros*.
94. Augusto Martínez de Olmedilla: *Por dónde viene la dicha...*
95. Condesa de Pardo Bazán: *Allen de la verdad*.
96. J. Ortiz de Pinedo: *La dicha humilde*.
97. Eduardo Zamacois: *El paraltico*.
98. Felipe Trigo: *Las posadas del amor*.
99. J. M.ª Salaverría: *Mundo subterráneo*.
100. Andrés González-Blanco: *Un amor de provincia*.
101. J. López Pinillos: *Los enemigos*.
102. Antonio Zozaya: *La bala fría*.
103. Condesa de Pardo Bazán: *Belcebú*.
104. Juan Pérez Zúñiga: *El cocodrilo azul*.
105. Manuel Bueno: *El talón de Aquiles*.
106. Enrique López Alarcón: *La Cruz del Carriño*.
107. J. Téllez y López: *Mater admirabilis*.
108. R. Urbano: *La Santa Fé*.

REGALO DE TAPAS

para encuadernar la colección de EL CUENTO SEMANAL

A todos aquellos que durante el mes de Enero se suscriban por un año á esta Revista les regalaremos unas magníficas tapas de tela inglesa con incrustaciones de relieve en oro para encuadernar la colección de 1908.

Las suscripciones pueden hacerse en esta Administración FUENCARRAL, 90, ó en los talleres de encuadernación de D. José Yagües, Nuncio, 8. Madrid.

Esta administración se encarga de la encuadernación de las colecciones de EL CUENTO SEMANAL al precio de 1,50 cada tomo sin incluir las tapas.

SOR DEMONIO

(El honor de un marido hidalgo y metafísico)

Este el título de la nueva novela de Felipe Trigo, que editada por Fernando Fé se ha puesto á la venta en toda España.

Precio: 3,50 pesetas

MINIATURAS DE VIENA

Retratos en colores sobre esmalte para dijes, alfileres, imperdibles, etc.

SANTIAGO GARCIA

Hartzenbusch, 9, 2.º

EN BUENOS AIRES

recibe El Cuento Semanal D. Camilo Villaró.

LIBRERÍA DE LA CONCEPCIÓN

Calle Buen Orden, núm. 945.

Atiende pedidos para la ciudad y provincias.

ENCUADERNACIONES

«Cuento Semanal», llevando tapas, 1,50 Pesetas.
«Blanco y Negro», id. id., 2 id.
«A. B. C.», id. id., 2 id.
«Actualidades», id. id., 2 id.
«Gente Menuda» id. id., 1,50 id.
«Alrededor del Mundo» id. id., 1,50 id.

Para demás obras pidánse precios á J. Yagües, Nuncio, 8.

Placas de aluminio

con inscripciones de todas clases.

Elegancia, duración, baratura.

SANTIAGO GARCIA

Hartzenbusch, 9, 2.º

FABRICA DE CORBATAS

CAMISAS, GUANTES, GENEROS DE PUNTO

ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMÍA

PRECIO FIJO—12, CAPELLANES, 12—PRECIO FIJO

1.900
-del
-1212
-1212
11C

¡¡ FUMADORES !!



"EL HUROL,, fumado con el tabaco, lo aromatiza, destruye sus propiedades tóxicas, cura las afecciones de la boca, garganta y pecho, especialmente el catarro gástrico de los fumadores, y cura siempre las pulmonías y tuberculosis.

Lo fuman á diario los principales médicos de la Corte y provincias — Frasco para 500 gramos de tabaco, UNA PESETA.— Por correo UNA CINCUENTA.

Farmacia Central de la Victoria.—VICTORIA, 6 Y 8. MADRID

CIGARRILLOS Carminativos VICTORIA.

Paquete cincuenta céntimos.

MAL DE OÍDOS No más Trepanación

NUEVO MEDICAMENTO VERDAD ANTISEPTICO Y CICATRIZANTE

Con el Oleól Prejaloz, poderoso antiséptico cicatrizante, se consigue la curación pronta de la Otitis (oídos supurados), haciendo desaparecer en pocos días el pus, tan molesto como perjudicial á base de radio.

Cicatrización rápida en toda clase de heridas, por pertinaces y rebeldes que sean á cualquier otro tratamiento.

Grietas en los pechos. Pelos supurados.

Curación completa de las Fístulas, aunque sean de largo tiempo, evitando la operación, siempre dolorosa.

Se vende en los centros de especificos y principales farmacias del país y del extranjero, y en las de la calle del Carnero, 2; Victoria, 6 y 8.

Precio del frasco, 8 pesetas; provincias, por correo, 8,50.